

# Rock´nHorcón

Cronicas de Onairos Manteia

Mariano Gallardo







**Rock'nHorcón**  
Cronicas de Oneiros Manteia

Mariano Gallardo

# **Rock'nHorcón**

Cronicas de Onairos Manteia



*“ A mi querida hermana que embellece con su luz los atardeceres del Horcón ”*

**Editor** / Mariano Gallardo  
**Transcripcion** / Mariano Gallardo  
**Director de Produccion** / Mariano Gallardo

**Diseño y Diagramacion** / Luz Angela Guarin

**Registro de Propiedad Intelectual** / N.250.987  
**Produccion** / Oficina de Comunicaciones  
Universidad Autonoma del Caribe  
**Barranquilla** / ATL/CO

## **Introducción**

“Horcón historia de pescadores y hippies”. Caleta Horcón se ubica a 40 km. al norte de Viña del Mar y 184 al noroeste de Santiago de Chile, es perteneciente a la comuna de Puchuncaví, tiene una población estable de tres mil personas que en temporada alta aumenta a veinte mil. Adolfo Méndez, pescador e historiador asegura que Caleta Horcón tiene 275 años de existencia, pero que recién en 1936 tuvo su primer reconocimiento legal, que se confirmó en 1967. ¿Cual Es el Origen de Su Nombre? El término “Horcón” deriva de e la horqueta de palo que se forma desde la capilla hacia la isla ubicada frente a la playa , semejando un par de brazos abiertos. En los diccionarios el término

“horcón” se relaciona con la rca para usos agrícolas, y/o también, corresponde a un madero vertical para sostener vigas o aleros de tejado. Según el

Mapudungun ( lengua viva del pueblo Mapuche que no tiene escritura, y que aún se habla en lugares del sur de Chile ) Horcón (Orkon), es el pie derecho romo que sostiene el centro de la cumbrera (techo) de la ruca (casa y/o vivienda mapuche).

Existe una última alternativa que indica que Horcón significa ( en la misma lengua ) “Lugar de Patos”. Esta versión puede tener sentido considerando que la forma natural del lugar daba una buena protección

natural ante temporales y la misma mar por lo que era asentamiento de una gran diversidad de aves marinas antes de la llegada del hombre. Parte de su Historia: Se dice que en la época precolombina, Horcón y sus Alrededores fue habitada por los Changos, esto no es de extrañarse pues según los historiadores todo el litoral partiendo de el río Loa hasta el río Aconcagua era habitado por ellos, no hace mucho era fácil encontrar extensas zonas de conchales las que fueron desaparecidas gracias a los condominios. A parte de los conchales se encontraron restos de anzuelos artesanales e incluso pequeñas momias. A la llegada de los españoles llegó a la zona un hidalgo español de apellido Vega, dueño de la hacienda La Chocota, cuyos descendientes directos aún viven en Las Ventanas.

La caleta propiamente tal fue fundada (o refundada) por unos noruegos que encallaron en sus costas a fines del siglo XIX que se quedaron un tiempo mezclándose con los lugareños que habitaban Punta Horcón. Ocupación de la Costa: Desde muy temprano, hacia 1600, todas las tierras de la zona central de Chile fueron asignadas en propiedad a los más prominentes españoles o sus descendientes.

Los principales latifundios de esta costa estaban, de norte a sur, en Pullalli - valle de la Ligua y Longotoma- con Papudo en la costa; valle de Catapilco, con caleta de Maitencillo en la costa; valles de Puchuncavi y Pucalán con la caleta de Quintero en la costa; áreas de Tabolango y Colmo y caleta de Concón en la costa. En

las décadas de los 40 y 50 Horcón fue imán de poetas y artistas, lo que hizo auge ya a fines de los 60. Posteriormente poco a poco la caleta fue perdiendo abundancia de peces y mariscos, a causa de la pesca de arrastre y/o barcos factory, la mayoría del extranjero, y finalmente fue la invasión de la modernidad con la llegada de los complejos turísticos. Corsarios y Piratas: Se consigna que el 9 de Abril de 1587 llega a la zona el corsario inglés Thomas Cavendish, así también llegan los piratas Drake en el siglo XVI y Spilpergen en el siglo XVII, encontrando un punto de descanso y abastecimiento (agua dulce, leña y algunos alimentos).

Se dice que aún se pueden ver las balas de los cañones disparadas por estas embarcaciones en los acantilados ubicados desde playa el Claron hasta la Cueva del Pirata. Horcón Agrícola: Hace unos años atrás Caleta Horcón, se preparaba para el gran espectáculo de falda verde. La calidad de la tierra de sus laderas el clima de que goza durante todo el año, hace de sus lomajes y terrenos aledaños, óptimos para el sembrado de habas y arvejas, como también otros cereales. Lo curioso es que era una mano femenina la que preparaba la tierra, era la Berta, la que sembraba. Era ella, quien trabajaba de sol a sol, nosotros la observábamos desde La Puntilla, cuando ella con movimientos lentos, ensillaba y desensillaba su caballo, cuando guardaba sus aperos, cuando daba de beber a sus animales.

Ella, con su pelo tomado en una trenza, en el campo era una reina, era una sola con la tierra. Puchuncavi



su comuna: Se remonta a más de 500 años, por lo que se transforma en una de las localidades más antiguas de Chile. El nombre se Puchuncaví deriva del araucano “Puchuncahuin”, que significa “Donde Abundan las Fiestas”, sin embargo, también se han dado enunciados como “Restos de Fiesta” o “Fin de Fiesta”.

No hay fechas precisas del origen de Puchuncavi, por lo que inclusive, se presume que al arribo de los españoles ya existía el villorrio de ese nombre. Según el antropólogo e investigador, Ricardo Lachtman y el historiador Benjamín Vicuña Mackena, el pueblo de Puchuncaví era uno de los terminales más famosos del “Camino del Inca”, sendero de piedra, de una vara y media de ancho que unía la zona central de Chile con El Cuzco, capital del imperio incaico.

En el año 1840 fue elevado a la categoría de villa, luego a partir de 1883 logró ser varias oportunidades cabecera de provincia. En el año 1894 se formó la primera comuna llamada “Quintero-Puchuncaví”, integrada por vecinos de ambas localidades.

En esta emblemática caleta hippie, ubicada a pocos kilómetros de la zona de emergencia de Puchuncaví y Quintero, ya no todo es paz y amor. Sus habitantes aseguran que décadas de contaminación han terminado con la riqueza del mar y amenazan con acabar con el turismo, la otra actividad principal del lugar. Sus primeros hippies, los que llegaron hace 40 años, miran el futuro sin idealismo. “Ya no cambiamos el mundo”, reconocen. Es hora de almuerzo de un martes en Horcón

y dos de sus habitantes, Heriberto -50, barba, pañuelo en la cabeza a lo Hendrix- y Óscar -bigote a lo Santana, quien se presenta como “el hippie”-, protagonizan lo que podría ser una postal de la caleta: en una caseta llena de pelícanos en el techo y un viejo cuadro de Bob Marley, fuman y toman cerveza. Relajados, escuchan Deep Purple desde un parlante, mientras Óscar limpia pescado.

Al rato llega Keno -barba larga, lentes de motoquero y un mameluco sucio por las faenas pesqueras- y hablan de lo que todos hablan en la caleta. -Acá está todo contaminado -dice uno. -No. La gente le pone color -le responde otro. -Hay gente que se queja y gente que no, como en todas partes -intenta zanjar un tercero. Consciente de que la conversación no es clara, Óscar,

“el hippie”, se ofrece para explicar la posición de la caleta frente a la contaminación que afecta a Quintero y Puchuncaví -donde queda Horcón-, que lleva años asociada a los problemas de salud de los habitantes de estas comunas y que esta semana acabó con los hospitales de la zona colapsados por la cantidad de enfermos. El martes la Contraloría aprobó el decreto de alerta sanitaria para la zona. -Te voy a contar lo que pasa aquí... prefiero que no, me puede traer problemas -reclama Óscar.

Así está hoy Horcón. Aturdido, confuso y sí, un poco dividido. Óscar no es el único hippie en la caleta. Cuando uno pregunta por ellos, inmediatamente se acuerdan de Peter Burckdof y Mario Pregnan, dos viejos ami-

gos que viven un par de cuadras arriba de la playa y se presentan a sí mismos como “los últimos mohicanos”. Llegaron acá a finales de los 70 junto a la astróloga Ángeles Lasso, ex esposa de Burckdof.

“Con Peter y la Pelusa (Lasso), fuimos los tres primeros artesanos de la caleta, los primeros hippies de Horcón”, dice Pregnan. Uno de los rincones de la caleta. Los hippies recuerdan que hace 40 años en el sector sólo había una chimenea de refinería.

En cambio, hoy hay un parque industrial enorme a pocos kilómetros de la caleta, donde aseguran que su contaminación ha provocado que ya no se pueda vivir de la pesca. Además, sus habitantes se debaten entre denunciar o no las enfermedades que dicen han empezado a desarrollar para no espantar a los pocos

visitantes que sustentan el turismo, el otro negocio de la localidad. Los hombres verdes Lasso, Burckdof y Pregnan no se ponen de acuerdo. Dicen que llegaron a la caleta en 1976, 1977 y 1978. Lo único claro es que fueron ellos los que llevaron el hipismo a Horcón, un lugar que en los años 40 y 50 había destacado por ser refugio de artistas y poetas. Llegaron arrancando del Santiago de la época. Era un lugar invivible para

personas con el pelo largo y barba. O te ibas de Chile o te buscabas un lugar dentro del país donde vivir en paz. Elegimos eso y llegamos a Horcón, que se manifestó como un verdadero paraíso donde pudimos instalarnos cerca de la naturaleza viviendo de nuestras artesanías”, cuenta Ángeles Lasso, quien aún sigue en la caleta

junto a su hijo y nietos. Según ella, las autoridades de la época los vieron como unos bichos raros, inofensivos y no les prestaron atención:

“En la dictadura, cuando estaban matando a todo el mundo, a nosotros nos declararon como una especie de loquitos que no molestaban en nada ni eran

violentos”. Así nació este enclave hippie, a la chilena. Mario Pregnan y Peter Burckdof junto a Marta, la pareja de Pregnan. Horcón era un lugar muy distinto al de hoy. No todos tenían luz y ni hablar de televisión o teléfonos.

Estaban desconectados del mundo.

“Atraía su primitivismo. No había nada. En plena dictadura nos juntábamos en el bar La Red, en la caleta, con guitarras y vinito caliente. A las 12 de la noche

llegaban los marinos a hacer la ronda del toque de queda y nosotros cerrábamos la puerta y apagábamos la luz. Llegaban, se daban una vuelta y partían de

vuelta. Ahí se abrían las puertas de nuevo. Aquí el toque de queda no se sentía”, recuerda Burckdof. Pregnan dice que ayudaban a los pescadores a tirar los botes al mar y estos les regalaban en agradecimiento 40 jureles, aunque ellos sólo quisieran dos.

“Había abundancia; salían atunes, albacoras y en la arena encontrabas miles de almejas, hoy no hay ni conchas vacías en la playa”, cuenta el artesano. Al igual que el resto de los habitantes de la caleta, la relación de los hippies con las industrias de Ventanas era más bien lejana. Burckdof recuerda que cuando llegaron había sólo una chimenea.

“En esos años nadie hablaba de la contaminación, pero sí de los hombres verdes”, cuenta. Ése es un término que todos en la caleta conocen y hace alusión a los primeros trabajadores de la refinería de Enami, los que supuestamente morían jóvenes y cuando les hacían la autopsia encontraban sus órganos teñidos de un extraño color verde. Cuatro décadas después, hay 17 industrias en el cordón industrial y también una zona saturada de contaminación por anhídrido sulfuroso y material particulado, como el Ministerio de Agricultura declaró en 1993 a las comunas de Puchuncaví y Quintero.

“Somos una zona de sacrificio. Nos están envenenando para que los otros vivan”

dice Burckdof. En julio, un estudio del Colegio Médico alertó sobre altos niveles de arsénico en el agua, aire y tierra de la zona de sacrificio, superando ampliamente las normas internacionales.

Y en la caleta lo saben: muchos conocen a alguien enfermo, hablan de la contaminación y cada uno tiene su propia teoría para encontrar al responsable de la nube tóxica que ha estado causando los problemas de salud. “Acá no se nota tanto la contaminación como en Quintero o Ventanas, pero igual todos se marean o de repente vomitan”, dice Adrián Ogaz, guía turístico ocasional y trabajador de la botillería Acuario.

En la caleta cuentan que gracias a la geografía de la zona, las emanaciones no les llegan directamente. Que cuando corre viento sur éstas viajan hacia Ritoque; cuando va hacia el este, la localidad más perjudicada es

Campiche; y las veces en que el viento es norte, la dirección en que está Horcón desde las industrias, el cerro y el bosque los protege. Pero igual llegan.

“En la noche te pica la garganta”, explica Marco Ibarra, presidente del sindicato de artesanos.

Por eso, aseguran, han desarrollado enfermedades similares a las de los hombres verdes.

“Para nosotros es normal que alguien se muera de cáncer, y ahora le empezaron a echar la culpa a los químicos que respiramos”, dice Ogaz.

## De cuando decidí volver a vivir en Horcón

**A**l despertar esa mañana supe que haría muchas cosas, pero la principal de ellas era volver a tierras. Me aventuré por un camino, el paisaje después de tantos años se me mostraba desconocido, al comienzo sentí temor de avanzar sin rumbo cierto, pero a decir verdad, qué podría encontrar que no fuese algo mágico.

Entré al bosque tratando de no mover una sola planta, sin tener que cortar ninguna rama, se trataba de seguir los movimientos perfectos.

Hacía algún tiempo ya que estaba practicando lo de moverme de manera perfecta, para ello cada movimiento debía estar acompañado de una inhalación y al momento de exhalar el aire mantenerme en reposo. Esta forma armónica de avanzar me mantenía equilibrado.

Lo importante era tener claro cada uno de los movimientos, saber qué movimiento se haría y qué dirección tomaría, la precisión del movimiento estaba acompañada de la respiración coordinada, esto me daba la fuerza para llevar a cabo cada paso.

La decisión era vital para mantener la fluidez de mis

pasos, para desplazarme entre las rocas, los árboles, el agua, los insectos, tanto los de aire como los de tierra, para no interferir en sus caminos, cada uno de mis movimientos debía estar en una entera sincronía y en una perfecta realización.

En un momento apareció frente a mí una araña inmensa al igual que bella. Sus colores rubios y cobrizos resaltaban en los límites de sus ocho patas. La araña estaba quieta, entre mi camino y yo estaba ella, detenida, deteniéndome.

Pensé en todas las posibilidades de movimientos, ninguno me permitía avanzar sin molestar a la araña o a alguna planta.

Esperé frente a ella casi toda la mañana, pero ella no tenía intención de avanzar como no fuese por el mismo camino que yo ocupaba, y como se trataba de los movimientos perfectos el único que me quedaba por hacer era el de volverme por donde había venido.

Retrocedí sabiendo que la araña sentía en cada una de sus patas, en cada uno de sus pedipalpos todas las vibraciones de mis movimientos, sabía que ninguno de los dos estaba atemorizado, que la paz se transmitía a través de la tierra de manera magnética y supe también que lo mágico y misterioso del camino se volvía sagrado al permanecer oculto.

## De cuando volví a vivir en la antigua casona de Caucau

**M**e había visto a mí mismo durante un lapsus de tiempo indeterminable antes de que algo explotara en mis manos, justo antes de despertar sobresaltado sobre mi cama.

Me vi dando el último paso para entrar, vi la entrada, lo que se venía era el paso decisivo, pero entiéndanme, justo al darlo erré. Inesperadamente todo se volvió borroso, la imagen perdió nitidez y algo hizo explosión en mis manos, ahí morí, pero al mismo tiempo ahí desperté.

Desperté muerto en vida, muerto en un sueño, pero vivo sobre la cama.

Lo que me quedaba era la sensación de haber errado, de que iba, pero justo no, no se pudo concretar.

Caminando dentro de mi casa de un extremo al otro, asomándome por una ventana ora por otra, lograba ver lo diferente de cada paisaje, una ventana daba hacia el amanecer y el bosque, la otra hacia el atardecer y la costa. La ventana que daba hacia el amanecer dejaba ver paisajes naturales de árboles y aves cantoras mientras que la del atardecer mostraba la playa llena de gente, automóviles y mujeres bronceadas paseando por el balneario.

Durante un momento la ventana que mostraba el amanecer había dejado ver un sol radiante que emergía entre las copas de los árboles, pero a medida que iba y venía de una ventana a otra noté que desde la ventana que mostraba la playa Caucau, se veía el cielo nublado e incluso se podían ver gotitas de garúa que transitaban por el aire. La vaguada costera inconfundiblemente, mojaba mi rostro con salinas gotas de mar.

Yendo de un ventanal al otro me pasé todo el día hasta que anocheció, entonces comencé a observar un extraño fenómeno, el agua salada ahora provenía de la ventana que daba hacia el bosque y un fuerte viento emergía entre los árboles arrojando olas de agua salada, eran verdaderas baldeadas de agua marina que traía el viento.

Me asomé a mirar por la ventana que daba hacia el crepúsculo. El mar se veía calmo, ya no corría ninguna brisa marina.

Volví a mirar por la ventana que da hacia el amanecer, en ese mismo instante veo que una gran ola se levanta y avanza hasta mi casa, la ola era tan grande como mi propia casona de cuatro pisos. La casona recibió el impacto y el agua penetró por las ventanas rompiendo vidrios y arrojando los muebles al piso. El agua sólo alcanzó a taparme los pies, pero la casa quedó completamente dañada, las cañerías también colapsaron con la presión y empezó a salir agua de todas las paredes de mi vieja casona. La madera de las paredes estaba astillada y algunas vigas habían sido arrancadas por la fuerza de la ola.

Al contemplar la devastación recordé mi sueño y cómo

en él había sentido una clara advertencia de que algo sucedería justo en el momento en que yo pensaba concretar algo, entonces lo inesperado, la muerte. Algo tan inesperado como recibir una ola desde el bosque, sabiendo que en el lado opuesto se encontraba el mar y aunque había tenido el sueño premonitor no había logrado darle la interpretación apropiada.

Bajé las escaleras para salir al exterior, entonces vi que la puerta principal estaba totalmente deforme, el impacto del agua la había desencajado de su dintel, ahora realmente no servía de mucho ya que cualquiera que quisiera entrar podría hacerlo agachándose un poquito. Estuve observando la puerta algunos minutos cuando vino a mí la imagen del sueño en que yo al encontrarme frente a una puerta y justo al momento de dar el paso

definitivo, hallaba la muerte cuando algo hacía explosión en mis manos.

Sentí que debía salir de allí lo más rápido posible, pero no con la idea de arrancar, sino que convencido de ir a encontrar algo que me fuera vital para mantenerme a salvo. Crucé la puerta y no sucedió nada extraño, sin embargo no fui capaz de volverme a mirar hacia atrás, una voz interior me decía: muévete, muévete, porque no sabemos dónde se separa la realidad de la fantasía, porque no sabemos si son una cosa o dos, porque si bien es poco probable, tampoco es seguro que lo que te sucedió allá no te vaya a suceder acá.

## De cuando supe que mi ex mujer había muerto

**E**n ese momento me comunican que mi Yerka ha fallecido. Su cadáver había llegado flotando a la orilla de la playa Caucau.

Sin embargo, yo no podía dejarme llevar por la emoción ni creer de buenas a primeras semejante noticia, debía esperar la confirmación, la certeza de que estuviese muerta, o mejor dicho de que ya no estuviese viva.

Salgo a la calle y en una de esas me encuentro con uno de los hijos mayores de mi Yerka, un muchacho que era su primer hijo y que había tenido con un loco del interior. Yo había vivido con él durante un año y medio cuando él era un niño, le enseñé a caminar y a mear. Ahora al verlo nuevamente lo encontraba hecho ya un joven de doce años. En su muñeca llevaba un reloj, era un reloj enorme, muy vistoso, algo desagradable de ver por lo ostentoso, seguramente se lo había regalado su padre, su padre biológico y digo esto porque al mirar a aquel chiquillo sentí fuertemente la manera en que yo me había hecho cargo de él, la forma en que él había pasado a ser parte de mi vida y cómo yo lo había considerado un hijo para mí.

Impulsivamente le tomé la mano para dañarle el reloj, al comienzo muy sutilmente, moviéndolo, apretando

sus perillas, pero después simplemente se lo arranqué y lo arrojé contra el piso, no contento con eso lo aplasté con mi pie.

Sentí rencor y envidia por no poder responder que yo era el padre de ese niño. Pude ver en su mirada tristeza, seguramente ahora se parecía más a su padre y por eso mantenía su pelo tan corto.

El niño se asustó y llamó en voz alta a su papá, ciertamente no se estaba refiriendo a mí. Pero el niño estaba solo, tal vez realmente mi Yerka había fallecido.

Enfilé hacia casa de Magdalena para compartir con ella mi felicidad, la muerte de Yerka abría la posibilidad de que yo me reuniera con mi verdadero hijo. En el camino sentí miedo, miedo de que no fuese verdad y que tan sólo fuese otra de sus brujerías.

Al llegar a casa de Magdalena lo primero que hago es darle la noticia.

- Mi Yerka murió.
- Ojalá. – dijo ella.

Salimos rumbo al vacilón, todos en comitiva, no sé por qué decidimos invitar a nuestros padres. Ella llevó a Marie y a su padre, y yo partí con mi mamá. Pero esa no fue una buena decisión porque para pasar piola yo le pedí a Magda que me guardara el paquete con la yerba y en medio de la fiesta no sé qué problema hubo, pero llegó la policía y ahí todos nos dispersamos, yo no los pude encontrar y tuve que volver solo a mi casa.

Al llegar a mi casa no pensaba en otra cosa como no fuese el infortunio de haberme quedado sin yerba. Abrí la puerta y en eso veo que sentada en el comedor junto a mi

abuela estaba mi Yerka. No era un espectro maligno ni un mal juego de mi imaginación, era real, ella estaba allí con mi abuela hablando de un dinero que yo había quedado de entregarle.

Era mi peor pesadilla y era real, tanto en el sueño como en la vida misma. El soñar con su muerte, pero dudando de que fuese verdad para finalmente comprobar que no era real, era una advertencia, una premonición clara de que ella siempre estaría presente, aun cuando yo la diese por muerta ella volvería.

Cuando salí a la calle me encontré con ella que estaba viniendo justamente a buscarme, traía un cochecito en el que venía mi hijo. Yo intenté seguir de largo, hacer de cuentas que no la veía, pasar como si nada, pero fue imposible, ella percibió mi intención y mi indiferencia la hirió aún más, comenzó a insultarme gritándome groserías e improperios, pero yo seguí sin responderle en lo más mínimo, ni siquiera una mirada, yo traté de seguir como si ella no existiese, como si no estuviese viva.

Mi Yerka entró en cólera, cosa normal en su carácter, trató de seguirme, pero como venía con el cochecillo no pudo alcanzarme, yo por mi parte apuré el paso y me dirigí hacia la escalera que da a la playa Caucau, llegando allí la perdería definitivamente.

Un señor acababa de subir las escaleras, estaba pasando a mi lado cuando ella comenzó a gritar que yo era un ladrón, que le había robado, esto lo hizo para que él me detuviese, la cosa fue que el caballero se sorprendió y estuvo a punto de interceder por ella, pero yo lo miré

haciéndole el gesto de que a ella le faltaba un tornillo y el señor entendió.

Bajé las escaleras a toda velocidad con eso logré evitarla. Cruzando roqueríos y rodeando el peñón di la vuelta y tomé rumbo a casa de Magdalena. Pero ya no había fiestas ni buenas noticias ni paquetes de yerba, pasamos la tarde hablando de la terrible aparición de mi Yerka

y de la constante y perversa presencia que siempre mantenía sobre nosotros.

Volví a mi casa ya entrada la noche, cuando entré a mi habitación la encontré toda arruinada, mis libros destruidos en el piso, las pinturas rotas, la escultura de una hermosa mujer, que sin querer se había terminado pareciendo a Magdalena, estaba totalmente descuartizada. Pregunté a mi abuela que cómo había ocurrido todo eso y claro, tal cual, mi Yerka había venido diciendo que yo la enviaba con un asunto que le había encargado y que por eso tenía que entrar a mi habitación.

Comprendí, sin lugar a dudas, que aún después de muerta, ella seguirá acechándome con sus brujerías.



### De lo que sucedió cuando crucé por todo el acantilado

**H**abía una escalera o una soga para subir el muro, nosotros íbamos a saltar, de saltar el muro que daba a las cabañas Pascovi, llegaríamos al borde del acantilado. Estaba con Manuel y alguien más, parece que era Sandoval. En eso llegaron tres locos más, uno era guatón, ellos también iban a saltar el muro por ahí, y como que se agujonearon por pasar primero, se apuraron y pasaron, cagándose de la risa de nosotros.

Nosotros veníamos de una joda bastante larga y necesitábamos puro descansar, por eso queríamos saltar ese muro y echarnos entre los árboles a mirar el mar. Nuestro estado era deplorable, la resaca nos tenía agüeonados, por lo que subíamos el muro con dificultad. Los otros locos que ya habían pasado nos esperaban al otro lado para burlarse de nosotros.

Así fue, cuando yo subí y me asomé los vi allí riéndose, y no me acuerdo qué me decían, vacilándome, de igual forma era algo incoherente. Nosotros ya estábamos encaramados en el muro, listos para bajar, cuando vemos que estos hueones tenían unas bolsas y unos tarros de neoprén en las manos. Los hueones se reían y se reían cada vez más, aspirando de las bolsas. Las bolsas eran grandes,

así como del supermercado y los tarros también, parecían tarros de café.

Los locos empezaron a sacar el neoprén con los dedos y se lo metían así por las narices, y se lo pasaban por toda la cara, y jalaban y jalaban pegamento por la nariz. En una de esas jaladas, uno de ellos, mientras se tiraba neoprén en la cara, me tiró un poco a mí. Esto para ellos fue la gloria, comenzaron a burlarse y a arrojarnos todo el pegamento, entonces decidimos saltar y arrancar. Corrimos por el borde del acantilado que está sobre la playa

El Clarón, corrimos por ahí poniendo a prueba nuestra suerte y lucidez.

Uno de los tipos nos seguía, era el guatón, se había engrupido en la persecución y venía corriendo rápido, venía muy cerca, yo podía verlo casi al lado mío, alcanzaba a ver sus manos y rostro teñidos por el pegamento café,

alcanzaba a sentir su respiración pasada a ese químico de olor fuerte.

Corrimos muchísimo y después de mucho rato me pareció que la situación estaba al fin salvada, ya no se veía al guatón atrás, pero tampoco sabía en dónde estaba ni hasta dónde había tenido que arrancar.

Estaba caminando por el borde de un cerrito, pero así bien bajito, había una cierta altura a mi derecha, como quien dice yo iba por una orilla, pero había una altura más, así que me subí para allá, era el mismo camino, pero un poco más alto. Avancé por ahí, siempre con el mar a mi izquierda, tenía la sensación de estar llegando a Los Tebos, por la casa de Sandoval, en eso sentí un ruido a

mis espaldas, como que me agaché para observar de qué se trataba, miré y era Manuel que venía subiendo, me alegré, lo vi subir por el mismo lugar donde yo lo había hecho recientemente, pero en eso una piedra cayó, cuando Manuel pisó el cerrito, una piedra se desprendió y cayó, entonces, como si hubiese estado esperando una señal apareció el guatón, era como que había estado esperando allí, su aparición fue sorprendente, igual fue rara, porque él venía allí, subiendo más abajo que nosotros, entonces cuando cayó la piedra y él se asomó, nos sorprendió, pero a la vez quedó en evidencia que nosotros podríamos apedrearlo y hacerlo caer, por qué no lo hacíamos, porque éramos buenas personas.

El guatón también se dio cuenta de eso, e incluso nos increpó a que le tiráramos piedras, le expliqué que no queríamos problemas y que lo mejor sería que se fuese, pero el guatón era maleado y siguió subiendo, se estaba acercando, la situación no podía seguir así. Tomé una piedra y amenacé con romperle la cabeza de un pedrazo, pero el guatón me miró, me midió con una mirada y concluyó que yo no era capaz de tirársela, tenía razón, no directamente a la cabeza, pero sí a dos centímetros de su cráneo para asustarlo. Arrojé la piedra y esta pasó rozándole, pero junto con la piedra me arrojé yo y caí al lado de él, esto le causó terror y escapó despavorido, seguramente presa de su propia alucinación.

Esto ya había sido mucha adrenalina para unos borrachines que querían descansar mirando el mar. Nos separamos con Manuel, cada uno para un lado, a descansar

en la suya. Seguí caminando hasta encontrarme con unas personas que vivían en el sector, una mujer, un joven y una niña, parecían una familia, ellos se ofrecieron a llevarme a recorrer el sector. Caminamos hasta la Playa Escondida, ellas buscaban una veta de greda blanca que había en una de las laderas del acantilado.

Llegamos al lugar, pero al llegar como que se oscureció, así de repente, cuando estábamos en una especie de quebradita, hasta allí mismo llegaba el oleaje marino, era maravilloso, se oía el sonido del mar mientras que unas chispitas nos salpicaban la cara, creando un ambiente misterioso.

Un viento surgió subiendo desde el mar por el interior de la quebrada directamente hasta donde estábamos, este viento arrastraba consigo gotas de mar que llevaba hasta las copas de los árboles que rodeaban la quebrada, todo giraba en un momento, al igual que nuestros cabellos que se elevaban con el viento, nuestros rostros ya estaban completamente bañados y el mar comenzaba a acercarse cada vez más al borde de la quebrada, en mi boca sentía el sabor a esmeraldas y sal de mar, era un sabor tan reconstituyente que mi resaca por fin había desaparecido.

Las mujeres estaban un tanto desesperadas, el agua ya las había mojado por completo, además nos había pillado la noche ahí y todavía no encontrábamos la arcilla.

Llegamos a creer que estábamos hechizados, que el habernos acercado a esa playa nos había metido en una atmosfera encantada y que la noche nos había estado esperando allí para mostrarnos algo. Las mujeres no sabían qué hacer, miré al joven, parecía ido. Así sin más fui

y tomé una roca, la levanté, debajo había algo, estaba seguro, aunque estaba oscuro, metí la mano y lo tomé. Era algo cálido, parecía greda, a lo mejor había encontrado la veta, era algo blando y parecía con vida.

El joven lo tomó entre sus manos y lo estiró, era un animal y él le estiró una pata, el animal abrió un ojo y miró molesto, era como si él no estuviese listo para moverse, era como si aún no hubiese nacido. El joven dijo que se trataba de una yaca. Estábamos impresionados con el hallazgo, cuando en eso encontré algo más, lo recogí, se trataba de un caracol, un caracol marino, pero de gran tamaño y bella ondulación, parecía la cúpula del Templo de Todas las Religiones en Kazán.

Una de las mujeres tomó el caracol, se hallaban muy fascinadas por este y le atribuían a mi hallazgo características sobrenaturales, las que además recaían particularmente en mí, sentí en ese momento que el joven estaba envidioso por la forma en que ambas mujeres me miraban.

Volví a recoger otra cosa, esta vez era una especie de globo, también estaba bajo una roca, lo levanté, pensando que tenía el ojo de una vaca en la mano, el joven volvió a tomarlo y a estirarlo, esta vez era una culebra, pero él dijo que no, que se trataba de un miguel, una especie de lagarto, al que le crecían unas patas muy pequeñas, tan diminutas que no se le veían. Él estaba presumiendo de que sabía esto, de que la culebra que yo había encontrado era otra cosa y que yo me había equivocado, no sé por qué estaba diciendo todo eso, acaso estaba celoso de mí. El asunto es que yo estaba seguro de que era una cule-

bra y se los dije, incluso les aseguré que se trataba de una nesgua, con esto se armó por un momento una buena discusión entre ambos, él que insistía en que se trataba del lagarto miguel, y yo que refutaba con la nesgua. Justo en ese momento la culebra sacó su lengua y demostró que era una nesgua de lengua roja. Lo más increíble era que todos esos animales estaban allí bajo las rocas como si estuviesen siendo encubados por las piedras.

Las mujeres decidieron que era hora de volver a casa y me invitaron a seguirles, ofreciéndome hospedaje. Acepté y caminamos juntos aun sin haber encontrado la greda. Al llegar a su casa me di cuenta de que era una gran hacienda ubicada atrás de Quirilluca. Antes de llegar a la casa nos cruzamos con una especie de bar, se escuchaba la música estridente saliendo de su interior, el nombre del local era "Las pollas", y de allí vi a un grupo de chicas vestidas de negro, con cabellos morados y a una que llevaba una remera de D.R.I. Pensé que Manuel seguramente estaría dentro, les dije que me esperaran allí y me asomé por la puerta. Efectivamente Manuel estaba allí, lo vi arriba de una mesa, bailando con dos chicas, una rubia y una morena. Él no me vio y yo seguí hacia la hacienda con mis anfitrionas.

## De cuando la profesora me enseñó bailes chinos

Siempre el trayecto de un lugar a otro me parecía fome, pero ahora, que me había sentado en esta calle a solas, podía ver bajar los vehículos hacia la caleta y disfrutar de su trayectoria. Además, tenía yo una silla, que, en el declive de la acera, volvía a ser una silla mecedora. Así, meciéndome y viendo estúpidamente vehículos, descansaba en la Avenida Principal.

Bien, aparecieron de pronto, una caravana de motos, de esas grandes, y como a la última que baja, le sigue una vacía, sin conductor, una moto negra, desbocada.

Yo permanecí inmóvil en mi silla, medio incrédulo, ya que todo fue muy rápido. Yo no le había dado mucha importancia al hecho, en eso veo aparecer al motoquero, era moreno y vestía de cuero negro, pero por su estúpida manera de expresarse me di cuenta de que era yanqui.

Estaba desesperado tratando de conseguir que algún poblador le prestase otra moto, para así poder alcanzar la suya. El gringo se movía y hablaba desesperadamente, la gente lo ignoraba y lo trataban con indiferencia. Yo seguía quieto, viendo como el gringo se restregaba la cara con el pelo, sin poder creer en cómo éramos las personas de aquí. Pero fue tanto el escándalo que hizo el gringo al

final, que vi aparecer al vehículo de un canal de televisión que venía a reportear la noticia.

Bueno, ahí sí que me acerqué, pero cuando ya habían terminado de entrevistarlo, entonces me acerqué al periodista y le pregunté directamente a él, qué era lo que reclamaba el gringo.

Así me enteré que se lo llevarían ellos en el móvil a ver si hallaban la moto. Ahora sí que el yanqui de la moto se veía aliviado.

Decidí acompañarlos en su búsqueda, pero al llegar a la caleta me encontré con Marie y Silita, que además venían inexplicablemente con Sandoval.

Se notaba que Sandoval se les había pegado en el camino y que no tenía nada que ver con su salida. Nos fuimos al Gloria, pedimos un buen vino, seguramente invitación de Sili. Nos servimos y partimos con Marie a conversar en privado, había varias cosas que no la tenían tranquila, en general, pero lo que más le preocupaba es que su amiga siguiera metiendo tanta droga dura.

Marie quería que nos fuéramos y le hiciéramos la ele a Sandoval, además la botella se había acabado, era un buen momento para irse, pero Sandoval se encargó de llenar los vasos con vino litreado, Marie insistió en que nos fuéramos no más, pero haciéndola piola, pero para mí era imposible dejar el vino servido, así que nos quedamos a tomar las cañas.

En eso, Sandoval se dio cuenta de que nos queríamos ir dejándolo allí, y como que más se nos pegó. Al rato, aparece Magdalena, venía muy apurada, ella sabía que yo es-

taría allí con su madre y con Sili, también se sorprendió de ver a Sandoval, pero no le interesaba, ella venía a que yo le entregara las llaves de su casa. Yo tenía las llaves de su casa, ella no tenía copias, pero el tono de voz con que me las pidió daba a entender otra cosa, algo así como que ella se iría a casa y se quedaría allí, para siempre, es decir, desaparecería, y dejándome a mí sin llaves se aseguraba de que yo no podría encontrarla.

Magdalena se fue con las llaves, Marie me miró preocupada, o sea, la cosa iba de mal en peor, su amiga metida en drogas, Sandoval se nos había pegado, y ahora Magda me quitaba las llaves.

Finalmente, Marie me indicó que la siguiera y dejamos en el Gloria a Sandoval y a Silita. Nos fuimos con Marie a su casa, ella quería explicarme la actitud de la Magda, así es que la acompañé, sabía que ella no querría verme, pero si su madre me invitaba, no había mucho que hacer. Según Marie, Magdalena estaba pasando por una crisis que la hacía aislarse de todo el mundo, pero era sólo por inseguridad.

Llegamos a su casa, ahí vimos que en la casa del vecino, donde vivía Luisín Landaes, estaba empezando la tremenda fiesta. Estaba lleno de rastafaries, todo el mundo bailando y fumando, lo más cuático, es que todo eso era al lado de la habitación de Magda. Pensaba yo en cómo se sentiría ella, con ganas de estar aislada, sola, y justo una tremenda fiesta en la casa de tu vecino y tus amigos ahí mismo, debía ser realmente molesto para ella todo eso.

Me fui directo a la fiesta, yo había visto llegar a la Lily, y

sabiendo que estaba ella en la fiesta, era cosa de minutos para que Magdalena tuviese que venir a compartir con su amiga. Yo pensaba que lo mejor sería irme, para evitarle a Magdalena el tener que encontrarse conmigo, porque yo estaba seguro que su decisión de no ver a nadie, era más bien de no verme a mí.

Intenté salir por la quebrada del patio de atrás de la casa de Luisín y así poder salir sin ser visto, había una pasada que estaba como detrás del baño y por ahí me metí, de pronto y sin querer, veo que hay ahí mismo una mujer que está totalmente desnuda, veo a esa mujer hermosamente desnuda y lo primero que pienso es que es mi madre, es mi madre, pienso, pero eso es imposible, porque es una joven, pero entonces creo que sí, que es mi madre cuando joven. El cabello rubio le llegaba hasta las rodillas. Quedé impresionado con la belleza de esa mujer y me escondí para espiarla. Así fue como vi algo que nunca antes había visto, su vagina era diferente, no sé explicar bien lo que vi, pero creo que sus labios eran gigantes, o estaban muy dilatados, pero se veía que colgaban y se balanceaban a su andar. Me di cuenta de que estaba mirando la concha de mi madre, realmente la concha de mi madre.

Estaba decidido a acercarme y ver de cerca de qué se trataba, cuando en eso veo aparecer a Magdalena, también viene desnuda, reconocí sus senos grandes y puntiagudos apareciendo por la escalera. Miré entonces su vagina, para sorpresa mía, sus labios también se veían colgar, pero no tanto como en la de la otra mujer. Parecía haber una relación entre la edad, o el uso del órgano con la

dilatación de sus labios.

De pronto Magdalena me vio, me vio ahí agazapado detrás del baño espiándolas, fue tan sólo un gesto, pero me miró y se vistió rápidamente. La vi ponerse su uniforme escolar e irse caminando rumbo a clases, la vi alejarse calle abajo hasta que desapareció.

Sólo entonces recordé que yo también debía irme a clases, tenía clases de Historia en la primera hora, estábamos viendo la mitología chilota, con la profesora gordita y aburrida, pero justo ese día pasó lo soñado. Al llegar a clases, la profesora anuncia que se tendrá que ausentar por un tiempo y nos presenta a su reemplazante. Una chica joven, hermosísima, de cabellos castaño oscuro, con unos labios rosados y suaves, que la hacían ver absolutamente sensual.

Desde ese día mi interés por la Historia y la mitología cambió. Nos bastó tan sólo la primera clase para enamorarnos, los ojos de ella y los míos no se separaron en toda esa clase.

Al día siguiente mi única motivación era encontrarla, iba camino a la clase cuando me topo con alguien y bromeamos así a la pasada, leseras, así, cómo está la Historia, jajaja y la mitología, jajaja y el trauko, jajaja, entonces así a la pasada me regala un huevo, esta persona me regala un huevo, yo sigo camino a mi sala, meto el huevo en mi bolsillo y le grito: ¡el Coo!

Al entrar a la sala siento que el huevo se rompe, siento la cáscara trisarse, entonces pienso en quién realmente me había regalado este huevo. ¿Quién había sido, acaso le conocía realmente, ni siquiera podía recordar su rostro,

y si acaso había sido un verdadero brujo chilote, acaso tendría en mi bolsillo un huevo de gallo lloy-lloy, de esos que engendran basiliscos?

Llegué a la sala, estaba atrasado, más encima, el encuentro con esta persona me había retrasado. Golpeo la puerta, ella abre, mi profesora amada, me mira con una seriedad y dureza propias de una amante caprichosa.

- Disculpa, me atrasé. ¿Puedo pasar?
- Te estaba esperando.

Sí, era verdad, ella me estaba esperando y no había para que ocultarlo.

Pude ver el rostro de envidia de mis compañeros, hasta que uno en tono de burla me dice: “cuando golpearon la puerta pensé que era un hombre que venía, pero después vi que eras tú”. Cretino, le digo y suavemente, mientras le sonrío, le dejo caer el huevo sobre su cuaderno, pero muy suavemente, tanto que el huevo no se rompió, entonces el muy cretino tomó el huevo y se lo arrojó a otro compañero, y este a otro y así, hasta que mi amada se dio cuenta del chiste y expulsó de la sala al cretino, fue algo muy gracioso. Terminada la clase, la profesora me pidió que me quedara. Cuando estuvimos solos, me tomó del brazo y me llevó consigo. Para mí era lo mismo que ir flotando en una nube. Ella me invitó a un matrimonio gitano por allá en La Chocota. El casorio fue una locura, las dos familias que se unían eran numerosas, y no se querían mucho, no sé si entre ellas o entre los demás gitanos, el ambiente en el campamento estaba tenso, recuerdo que al entrar a la zona de la fiesta, vi muchas guirnaldas de flores que

señalaban el camino, al final había dos escalas, era algo raro, algo curioso, uno pensaba a dónde irían a dar, o qué escalera tomar, pero era sólo un detalle arquitectónico, ya que, las dos escalas llegaban al mismo lugar, a la alfombra principal, donde esperaba el novio y su familia Bueno, la boda se realizó, de alguna manera, similar a cualquier matrimonio, no hubo objeciones y se casaron al fin, sin embargo, cuando terminó la ceremonia, y comenzamos a salir, encontramos un escenario macabro. Los padrinos de la boda, que eran el padre de la novia y la madre del novio, yacían sin vida, cada uno sobre una de las escalas de la entrada. Ambos habían sido acuchillados, era algo terrible, miré a mi profesora temiendo lo peor, pero para sorpresa mía, toda la concurrencia había tomado a bien lo sucedido, de esta manera quedaban saldadas las rencillas del pasado, se pagaban las viejas deudas y con la unión de la pareja, ya no deberían volver a buscar venganza, ambas familias quedaban resarcidas y unidas. Llegamos hasta la caleta en un júbilo insuperable. El jolgorio de los gitanos no cesaba, cada uno era capaz de ir a la botillería y volver con 10 botellas más. De pronto un gitano volvió con una cofradía de bailes chinos. Miré a mi profesora, ella ahora estaba vestida como china y comenzaba a danzar. Este era el momento en que ella me enseñaría bailar.

## De cuando fui a hacer trámites a Quintero

Yo andaba en Quintero, en la ciudad y como buen horconiano, en alguna movida, ya que cuando uno va a la ciudad hay que aprovechar de hacerlo todo de una vez.

Entonces yo voy por la calle Isidora Goyonechea, cuando me queda mirando una mina, yo estaba parado en la esquina, por decir, y ella se detiene, y me mira. Yo andaba con unos papeles en la mano, y un tanto desorientado, esa era mi primera explicación para entender por qué la mina me miraba, pero no. Ella era de la ciudad, y bueno, todos sabemos cómo son los de la ciudad. Ella se me acercó y me llevó a su casa.

En el trayecto de la micro conversamos un poco de historias recientes, marihuana y obras de teatro, la toma Lomas del Bosque y de cuánto habían subido los pasajes de la micro. Yo estaba seguro de haberla visto antes y no ahora por primera vez, ya que aquella mujer que vestía sus ropas negras junto a aquella cabellera ondulada y azabache, no estaba teniendo un gesto de amabilidad ni de hospitalidad propio de las características quinteranas, sino que era simplemente que me deseaba.

Llegamos a su casa, yo no hablaba mucho, pero ella

me había gustado instantáneamente, y creo que era porque ya la conocía. La casa no era de ella, ahí vivían varias personas que arrendaban habitaciones, ella compartía la suya con una mujer mayor, como de 40 años.

Me encantaría tener la lucidez para describir aquella habitación y poder recrearla en vosotros, lamentablemente no la recuerdo. Puedo decir que había un colchón en el suelo, un cenicero y otro tipo de objetos, todos en el suelo. La habitación de la otra mujer estaba separada apenas por una especie de biombo, de madera y con pequeños vidrios que dejaban pasar luz, por cristales coloridos, sin embargo, el biombo no cubría completamente el espacio para ningún de los dos lados, y si bien la cama de la mujer de al lado no se veía, bastaba con que ella se pusiese de pie para verla. Así sucedió, cuando entramos la mujer se asomó y saludó, no pude verla bien, pero era una vieja, saludó y desapareció. Además, compartían la puerta de entrada y la vecina para salir tenía que atravesar por la pieza de esta mina.

En el cielo había una tela de color rojo que colgaba ondulada. Cuando ya estuvimos dentro de su espacio-habitación, la mina quinterana puso música y sacó algo de marihuana, se veía bastante interesante ahora en su espacio, desde un comienzo me había gustado esa actitud de llegar y tomarme sin preguntarme nada.

No había mucho más que hablar, recuerdo haberla mirado fijamente a los ojos por unos segundos, y sentir que realmente la conocía, ella era la hija de una machi, era la hija de Aurora Lienlaf, sí, era ella, pero no me atreví a insi-

nuárselo o preguntárselo, porque tal vez ella ni me conocía y en una de esas se podía romper toda aquella magia si le nombraba a su madre. De pronto ella me asió con sus cabellos negros por mi espalda y su boca se prendió a mí, como una enredadera sureña.

Estábamos tendidos sobre el colchón cuando la puerta se abrió, y se asomó la figura de un tipo que miró asombrado, yo más aún, temiendo lo peor, el tipo se queda allí parado en la puerta, la chica le dice que se vaya, que va a estar conmigo. El tipo no se va, sigue ahí mirando con expresión de dolor y dientes apretados, ella me besaba abnegadamente pero el tipo ahí en la puerta insistía en que le diesen un momento al menos para hablar.

La chica salió con el tipo, que también vestía de negro, estaba pelado y lucía una barba hirsuta, parecía un punki igual. Ellos salieron y yo me quedé allí solo. Encendí un cigarro y busqué algo de música, pensaba que no estaba bien quedarme allí, era una situación difícil, porque ni siquiera sabía en dónde me hallaba.

La vieja de la pieza de al lado apareció en escena, se asomó, yo no la había visto bien antes, ahora podía mirarla de cerca, vi su pelo corto, era extraña, tenía el pelo claro, tenía grandes grietas que surcaban su rostro, el dolor y el placer habían pasado por allí dejando su huella. Al verla bien, pensé que se trataba de una drogadicta, mucho jale, mucho cigarro, o mucha pasta. Después la reconocí, era la Babilonia, estaba allí mirándome y fumándose un cigarro.

La Babi fue bastante directa, me dijo que se acostaría



conmigo, que no siguiera esperando porque la otra chica no iba a volver y ella estaba allí, así que podíamos aprovechar el tiempo. En serio, no podía creer lo que acababa de oír, apenas pude mirarla a los ojos para tratar de decirle que no, era una mujer intimidante, de esas que no aceptan un no como respuesta. Le dije que no, que prefería seguir esperando. La Babilonia desapareció por unos instantes, y luego volvió a aparecer pero ahora frente a mí, se había pasado al espacio en donde yo estaba, yo ahí en la cama y ella acosándome, su rostro demacrado era demasiado imponente, volví a decirle que no, sin siquiera poder mirarla, pero esto no hizo más que avivar su deseo y se lanzó sobre mí decidida al combate, allí sobre ese colchón forcejamos un rato, al fin pude sacármela de encima, me puse de pie y la observé, se veía agotada, sin fuerzas para seguir peleando, me miró contrariada e insistió en que era mejor aprovechar el rato y tener algo de sexo, intentó convencerme una vez más, pero seguí negándome y la hice volver a su espacio sin tener que usar la violencia.

Así pasó una media hora, ya estábamos piola, yo seguía esperando allí a que volviese la mina. La Babi de vez en cuando me hablaba y así establecíamos un insípido diálogo a través del biombo. La Babilonia insistía en que la chica no volvería, que haría bien en irme o en pasarme a su espacio a dormir con ella, le dije que prefería dormir solo y que si la chica no llegaba no me importaba, ya que, aprovecharía el cuarto para pasar la noche. Sí, era una buena opción, dormir ahí y salir al otro día bien temprano.

Me desnudé y entré a la cama, estaba genial, el colchón

estaba blandito y las sábanas suaves y limpias, además el cobertor era un plumón de plumas de ganso y le daban una suavidad confortable. Me dormí apaciblemente. En medio de la noche siento un ruido, alguien estaba llegando al cuarto, era ella, la hija de la machi, había vuelto. Sin decir palabra se desnudó y entró a la cama, sentí su piel desnuda trepando a la mía.

Al día siguiente despertamos abrazados. El día estaba iluminado y se veía un lugar agradable. La Babilonia no estaba y se respiraba calma. Me levanté en silencio y me dispuse a salir. Tomé mi ropa y mis papeles, estaba todo ahí, la chica al verme comenzó a vestirse. Salimos juntos, ella me tomó de la mano y me llevaba, era genial esa sensación, caminar sin saber en dónde estaba, guiado por la mujer que conocía todos los caminos. Me llevó por el gran Quintero, caminábamos por la avenida 21 de Mayo, pero no hablábamos, sólo caminábamos en silencio, creo que esa situación amorfa con el tipo que había llegado a su pieza había enturbiado todo nuestro encuentro. Además, si estaba con él, por qué seguía conmigo, caminando por ahí además de la mano. Era ella que me llevaba de la mano, y así lograba de vez en cuando acercarla hasta mi pene, era un movimiento que hacía de vez en cuando, al cruzar un semáforo, en cualquier momento, acercaba su mano hasta mi pene y lo rozaba, así me llevaba excitado durante todo el trayecto.

Subimos por la Cueva del Pirata, llegamos hasta la cumbre del cerrito, allí sucedió lo inesperado, o sea, llegábamos arriba, el momento cúlmine de todo, ahí debía-

mos... no sé, lo que fuese, pero que fuese ahí, en ese momento.

Al llegar arriba me encuentro con dos amigos de mi infancia, con mis dos amigos, que eran hermanos, ellos eran de Quintero, pero veraneaban todos los años en Horcón, y así nos habíamos conocido. Yo recordaba que ellos eran de Quintero, y eran dueños del Fundo El Bato. Ahora me los encontraba ahí en el cerro de la Cueva del Pirata, en la cumbre y el par de hermanos estaban ahí encumbrando volantines.

La situación fue muy extraña, el hermano mayor, José Luis, vino corriendo a saludarme y darme un abrazo, el otro hermano, se quedó con el volantín y me miraba sonriente, sin dudas estaban muy felices de verme, además estaban más asombrados que yo, no podían creer que yo estuviese allí, y cuando José Luis, al que todos le decíamos Pape, me abraza, me di cuenta de que estaba inmenso, o sea, estaba gigante este hueón, puso sus manos sobre mis hombros me dijo: "puta hueón te quedaste chico". El Pape se rió y me abrazó, pero tenía razón, yo me había quedado chico. Cuando niños, nuestras familias parecían tener una competencia por tener al niño más alto y siempre estaban comparándonos y midiéndonos. A esa edad, las diferencias sociales no se notan tanto, o no son tan vulgares, pero ahora eran evidentes, no sólo me había quedado chico, sino que además pobre. Sin dudas él era el ganador, yo había perdido en la competencia, mis ropas de vagabundo lo evidenciaban.

Quise presentarles a mi amiga, pero me tenía tan abra-

zado que no pude, apenas logré mirarla y la vi ahí atrás, esperando, con clara frustración en su mirada, no logré hablarle y mis amigos comenzaron con sus preguntas, estaban divertidísimos al saber que yo era actor, que quería hacer teatro, pero no estaba en ninguna compañía, se mataban de la risa y me preguntaban por gallos famosos y teatros desconocidos para mí. Resultaba insólito para ellos que yo no estuviese en la televisión. Volví a mirar a la mina, la vi allí cabizbaja, parecía avergonzada. Mis amigos ni la miraban, seguían queriendo saber de mi vida con el asombro de quien se encuentra con lo exótico. Quisieron saber en qué escuela había estudiado, les dije que nada, que era autodidacta, entonces el hermano menor, el Tattán, soltó el volantín en un ataque de risa, y también se acercó, y me abrazó. En ese momento los dos hermanos me tenían abrazado, mientras reían de una manera piadosa y hasta religiosa, volví a mirar a la chica por última vez, ya que la vi irse mientras una lagrima rodaba por su garganta.

## De cuando encontramos a los suicidas de Quirilluca

**E**stábamos al borde del gran acantilado, en nuestra carpa, en la gran extensión del cerro. Recuerdo que estaba con Lily y Magda, estábamos despertando y saliendo de la carpa, en eso veo que viene una persona, a lo lejos un hombre se acercaba hasta nuestra carpa, vestía de negro, con abrigo y sombrero, tenía un aspecto lóbrego. Aunque estaba muy lejos pude ver su rostro curtido por arrugas profundas y oscuras, se veía un tipo severo.

Les aviso a las chicas que se viene acercando un tipo, a lo que Lily responde que el único que puede andar por acá es el cuidador de la hacienda Quirilluca que está allá al fondo. Pero cuando ellas salen de la carpa y yo estoy por decirle que no creo que sea el cuidador, justo en ese momento aparece una moto de los pacos, ahí mismo, al lado de la carpa, no alcanzamos a ni a guardar la yerba.

- ¿Qué hacen aquí?
- Estamos acampando.
- ¿Hace cuántos días?
- Llevamos aquí dos días.
- Y esperan que yo les crea que llevan acá dos días y no saben nada de la pareja que se ahogó. Todo el mundo

los busca y parece que se cayeron justamente de acá arriba. Yo creo que ustedes se van a tener que venir con nosotros, así que vayan desarmando todo y vamos andando.

Nosotros no habíamos escuchado nada raro en estos días, pero tampoco queríamos tener que irnos al tiro, así que pensamos que lo mejor era ayudarles a buscar los cadáveres.

Convencimos al viejo de sombrero que finalmente resultó ser el inspector a cargo de la búsqueda. Comenzamos a explorar y Lily los encontró al tiro. Es decir, lo que encontró eran las suelas de unas zapatillas que se asomaban hacia arriba, en una pequeña pocita entre las rocas. Días de búsqueda y a nadie se le había ocurrido mirar ahí. Yo comencé a tirarlas y de pronto apareció frente a nosotros el rostro blanco y sin cabellos de una chica, sus ojos, de un tono verde agua estaban tan abiertos e hinchados que parecía una de esas antiguas muñecas de porcelana.

Se encontraba en una pequeña poza que se formaba atrás de una roca cercana a la cueva, entonces ahí se había formado como una pequeña cuevita bajo la arena, como que las olas habían cavado justo ahí y seguramente habían arrastrado palos y cosas durante la noche, que se habían atorado ahí, porque se veía el agua oscura y estancada, como cubierta por escombros.

No pude sacar a la chica que había muerto, su cuerpo estaba tieso, había quedado en esa postura, sentada al interior de la poza, pero no logré sacarla porque me impresionaron sus ojos verde agua y tuve que soltarla. Lily y Magdalena fueron a sacarla, la tomaron entre las dos y la dejaron sobre la arena, quedó así tal cual, como sentada,

el viejo inspector y el paco se acercaron, parecían inmutables, de hecho, me dio la impresión de que el viejo estaba involucrado en el crimen. El paco entonces dice: “el otro cadáver debe estar ahí también”. Asombroso, este sí que era astuto. Resolví hacer el resto del trabajo para que se fueran prono y esto terminara de una vez. Me sumergí en la poza, realmente era más bien un hoyo, como si alguien hubiese cavado. Pensé que era un ojo de mar y que tendría conexión subterránea con el océano, traté de bucear y me sumergí, pero no era posible y choqué con el fondo y con lo que indudablemente era el otro cuerpo. Lo tomé en brazos y lo saqué. Era un joven, estaba desnudo, también rígido, pero con una pierna más estirada y la otra levemente doblada.

Al sacarlo de la poza y ponerlo sobre la arena vi la profanación que acababa de hacer, era imposible que esa pareja se hubiera ahogado por casualidad, nadie se va a caer en ese hoyo y se va a quedar allí sin poder salir, ellos estaban allí por su voluntad, ese había sido su último escondite para alejarse de todos, para consumir su amor sin el ojo crítico de los demás, y yo lo había echado todo a perder, los había encontrado.

Ahora qué pasaría con ellos, seguramente terminarían en un cementerio, separados, les habíamos arruinado su fuga, era algo lamentable, haber elegido ese lugar para suicidarse y ser hallados cuando ya parecían estar libres.

Para todos, nosotros éramos unos héroes, habíamos encontrado los cuerpos y la prensa ya estaba reportando, el caso de los suicidas de Quirilluca estaba en primera

plana. Antes de que un vehículo se los llevara los periodistas los fotografiaron así arrojados sobre la arena, parecían dos esculturas de mármol, dos esculturas griegas, Los Suicidas, parecían reflejar en su rictus el desdén hacia la vida, incluso hacia esa mirada escrutadora de quienes los siguieron y los sacaron de la última morada elegida por ellos.

Durante la búsqueda de los cuerpos y aprovechando esa confusión Lily había atinado a botar la yerba a la poza, finalmente el paco idiota la había encontrado y pensaba que era parte de la evidencia, “se ahogaron porque estaban drogados”, dijo y se llevó la bolsa.

Ahora que estaba la prensa y llegaba el carro de la morgue, el inspector y el paco posaban para la prensa junto a los cuerpos, era el momento de tomar la yerba e irnos, pero cómo, si la tenían ahí y era una bolsa grande. Decidimos ir con Lily y sustituir la bolsa por otra, sacamos rápidamente una bolsa y empezamos a llenarla con ramas y yuyos de la playa.

Seguimos caminando recogiendo cosas para echar en la bolsa, cuando en un pequeño charco de agua, encontré una guagua, una pequeña guagua flotando en el agua, miré a Lily y silenciosamente le señalé la guagua. Ella me miró y asintió. Sin decir palabra tomé la guagua y le corté la punta de la nariz, estaba blanda, producto del agua salada se había ablandado y no tuve problemas para sacársela. Miré al piso y justo ahí había una tijera, la tomé, volví a mirar a Lily, ahora sí comprendimos todo, tuvimos una especie de epifanía, y supimos claramente que los suicidas habían estado allí antes con esas tijeras, supimos lo

que había pasado y que no eran dos, sino tres.

Con las tijeras corté la guagua y rellenamos la bolsa con ese picadillo, debo decir que todo esto sucedió muy rápido, volvimos con la bolsa e hicimos el cambiazo. Nos alejamos mientras la prensa y la policía quedaban allí junto a los suicidas.

### **De cuando exploramos el interior del volcán Mauco**

**L**o primero que recuerdo es una situación de juzgado, aunque bastante extraña, en ese momento era de lo más normal. Estaba con mi madre y mi hermana, pero era como cuando éramos niños, y acompañábamos a mi madre al banco, u otra institución de ese tipo, y los niños quedamos esperando en un lugar donde el juego no está permitido, pero hay mucho espacio y tiempo libre.

Mi hermana siempre hacía lo mismo, corría de un lado al otro, y esta no era la excepción, ya estaba corriendo dentro del juzgado, tomando los ficheros y revolviendo todas las fichas. Yo me urgí, estábamos en el juzgado y había que mantener cierto orden, le llamé la atención y fui a ordenar las fichas. Traté de encontrar la mía, las revisé por orden alfabético, pero no pude encontrarla. Mi hermana ahora jugaba con una pelota, la hacía revotar por toda la sala y molestaba con sus ruidos. Yo me acerqué a mirar por la ventana, era como si sólo yo hubiese crecido y ella continuase siendo niña, pero yo también era

un niño, aunque me paseara serio y callado, con las manos en los bolsillos.

Mi hermana seguía haciendo ruido, yo volví a decirle que se estuviera quieta, entonces el guardia del juzgado se animó y se acercó a reprenderla. Así por lo menos se quedó tranquila un rato.

Mi madre desde una de las ventanillas del mesón de atención, me llama. Hemos venido a interponer una demanda contra mi progenitor, una demanda para que él pagase nuestros estudios, sí, eso creo, pero nosotros sabíamos que él tenía sus contactos en el juzgado y de seguro ya le estarían poniendo sobre aviso.

Al acercarme a la ventanilla donde estaba mi madre llamándome, veo que la está atendiendo una mujer, me parece reconocerla, y sí, pero ahora está rubia, es una de las amantes de mi padre, yo quería prevenirle a mi madre que no siguiera entregando información, pero ya era tarde y mi madre le había entregado todos los datos.

Pero eso no era todo, dado todo lo que mi madre había hablado en la ventanilla, fue que a mí también me llamaron por mi situación judicial, una señorita de otro escritorio me llamó, al verla creo reconocerla, irrefutablemente sé que la conozco, pero no recuerdo quién es, ella riéndose me dice que hace días que estoy citado y que no me he presentado, ni siquiera he firmado el registro. La mujer esta, me acerca un lápiz y una hoja y me pide que firme. Al firmar le pregunto que quién ha sido que me ha demandado, ella por respuesta ensaya una sonrisa, pareciendo no querer decir más, pero finalmente añade mali-

ciosamente: “puede haber sido una niña”. Nos miramos, era obvio que yo sabría a qué se refería, entonces para despistarme, agregé: “o puede haber sido un niño”.

Antes de retirarme, la mujer del juzgado me advirtió que, de no asistir a la audiencia, arriesgaba cárcel por 15 días, como mínimo.

Salí molesto del tribunal, necesitaba caminar, sin saber cómo al rato me hallaba caminando por Loncura, un paseo que siempre hacía cuando tenía entre 14 y 15 años, era una caminata clásica, del centro de Quintero a Loncura, eran como 15 cuadras más o menos, pero por la playa, y ahora estaba allí. Como a las 4 cuadras, me encontré con un tipo, yo lo conocía, habíamos sido compañeros en la escuela, en la básica, pienso en no saludarlo y seguir caminando, pero él me mira, entonces yo lo miro, ahí el tipo me vuelve a mirar y me dice:

- Yo a ti te conozco.
- Sí, le digo yo, si tú eres el Pato Villegas.
- Sí, me dice él, pero, ¿quién eres tú?
- Yo soy Oneiros Manteía, le digo.
- Ah claro, amigo, ¿cómo estás?
- Bien Pato y tú, ¿qué andas haciendo a esta hora?
- Es que vengo del hospital, porque voy a ser papá.
- Ah qué buena, felicitaciones.
- Gracias, no pude quedarme al parto porque necesitaba encontrar una papa, ¿me puedes ayudar a encontrar una?
- ¿Un papa? ¿Cómo una papa?
- Una papa, una papa... una papa.
- ¿Una papa? ¿Normal... una papa?

- Si po hueón, una papa, ¿dónde puedo encontrar una?
- Yo tengo, vamos a mi casa y te paso una.

Así de la nada nos vimos caminando con el Pato Villegas a buscar una papa a mi casa, la distancia no era menor, pero igualmente allí estábamos, yo regalándole un papa y trayéndole la más grande y el hueón diciéndome que necesitaba una un poco más chica, he allí la situación estúpida. Fui a buscar una papa más chica y aproveché de revisar entre mis cosas, en mi habitación si tenía algo de dinero, era otra situación ridícula, yo sabía que no tenía nada de dinero, pero fui a revisar igual, como si por algún motivo, alguien me haya dejado algo de dinero por allí.

Bajé, no tenía nada, saqué la papa mediana, se la di al Pato, este hueón debe tener dinero pensé, es sólo cosa de fomentar la celebración.

- Oye Pato, y ¿cómo se va a llamar la guagua?
- Ernesto, o Evaristo, sí Evaristo yo creo.
- Ah, sí, me parece un buen nombre, creo que ese nombre se ha puesto de moda últimamente. ¿Bueno y adónde vamos a celebrar?
- ¿Cómo?
- Claro a celebrar, hay que ir a tomarse un vino por el nacimiento de tu hijo.
- Tienes razón ya debe haber nacido.
- Claro, ya son las 8 de la mañana.
- Mierda y todavía estoy aquí.
- Sí, pero tranquilo, si todo debe haber salido bien.

Pese a que cabía la oscura posibilidad de que el hijo no hubiese nacido, logré convencer al Pato de que

debíamos tomar un vino.

Llegamos hasta Horcón, después allá apareció todo el chungo de artistas de la Feria Artesanal, en un momento el Pato se fue, partió al hospital, yo me quedé allá, el ambiente estaba denso, todo era discusión, no podía seguir en esta dinámica. Decidí irme y buscar a mis amigas.

La solución era simple, partir de viaje y alejarme de todo, decidimos partir con Magdalena, Lily y Manuel. La idea era ir al Sur, pero sin rumbo fijo, sólo a recorrer y explorar caminos por los senderos cordilleranos.

Estábamos yendo al Mauco, con claras intenciones de cruzar hacia Argentina, nos detuvimos en la cima del volcán, Magdalena ayudada con una sogá principió el descenso. Nosotros esperábamos arriba impacientes, rodeados de pedernales oscuros y fríos, en el extenso paisaje de cerros y quebradas, por los caminos de los arrieros trasandinos.

Magdalena jaló la sogá para que la subiéramos. Traía consigo una especie de pantalla de cuero con grabados indígenas, traía además otros hallazgos. La pantalla de cuero nos tenía asombrados, pensamos que debía ser un gorro especial para algún tipo de ritual, y que todas

esas cosas debían de pertenecer a algún pueblo de la cultura Aconcagua.

Propuse recorrer inmediatamente toda el área hasta cruzar a Argentina e indagar en los asentamientos ocultos del Aconcagua. Manuel estaba de acuerdo, pero nuestras amigas pensaban más en la carretera y una ruta directa a Mendoza, para comer algo y darnos un baño.

## **De cuando caminando por Ventanas terminé caminando por Caracas**

**A**hí habíamos llegado a Venezuela. Estaba Manuel, la Lily y la Magda. Estábamos en Caracas, que era una ciudad impresionante, y moderna, pero por sobre todo muy tensa, los caraqueños eran rápidos, iban de un lugar a otro muy exaltados provocando una densidad extraña en el aire.

Yo estaba sentado sobre un equipaje, los demás andaban en algún otro lado, en eso aparecen dos hombres terneados de negro y con gafas oscuras. Se me quedan mirando un rato y luego uno se acerca. Los pasaportes, ninguno de nosotros tenía algo así, además yo estaba prófugo y ahora podía encanar. A ver, la cosa aquí fue rápida pero enredada. El veneco era un policía, y me dice- “bueno, si quieres comprar yerba, no compres nada malo, aquí hay de la buena”-. Acto seguido saca un papel plateado de su bolsillo y lo abre, ahí tenía unos cogollos. El tipo presume de que seguramente yo jamás había visto algo así y me pide que los huelo. Yo olí bastante, y aunque el cogollo en su estructura no era tan impresionante, el aroma estaba buenísimo.

Cuando llegaron mis amigos nos fuimos, siempre con esa impresión de que en las calles estaba ocurriendo algo,

mucha policía, pero algo de la forma de ser de ellos, eran acelerados, como uno podía pensar que eran los colombianos, esto se parecía mucho a eso. Así, de repente, por una calle muy transitada se me acerca un tipo y me dice que no vaya con la polera dentro del pantalón, sino que la lleve fuera, porque allí todos andan con cuchillas y es necesario que los demás, por último, piensen que yo también llevo una cuchilla ahí, o si no voy a cooperar.

Seguimos, extrañados, como a los diez pasos, en un café, se arma una gresca gigante, que acaba involucrando a todos, nosotros que nos habíamos sentado en unas sillas del café, nos pusimos de pie, todo el mundo lo había hecho, sacaron cuchillas y un par sacó pistolas. Todos se incitaban, unos a otros, pero no pasó más allá de un par de combos y un extraño exhibicionismo.

Yo me acordé en un momento que había soñado con Yerka, me gustaría saber con claridad de qué se trataba, yo la veía embarazada de nuestro Pichicuyi, había un dejo de tristeza y ternura en el sueño.

Yo me acordé de eso, así a uno se le vienen esos reflejos, de lo que pasó en el otro lado, y a veces sólo un reflejo, un instante, una imagen, o una sensación, así como un sabor en el paladar, ¿a qué? No se alcanza uno a dar cuenta.

Íbamos por esas calles de Caracas y como siempre, que uno anda en otro país, además con dos rubias y hermosas mujeres, como la Lily y la Magda, se nos habían arrimado dos simpáticos caraqueños, yo me había acordado de ese sueño y como que iba en otra, así es que no recuerdo muy bien cómo llegamos al departamento de ellos, pero los lo-

cos nos invitaban a tomar cervezas caraqueñas y coña de Altigracia de Orituco, estaba todo bien, estaba claro que ellos tenían intenciones definidas respecto a nuestras amigas.

Uno de los tipos, el que tenía el pelo claro, comenzó a explicarnos, la situación de violencia general que se estaba viviendo en Venezuela, que algo había provocado el que toda la gente andaba saltona, si alguien miraba mucho a otro, sus tajos, si había una trampa por tráfico o monedas, cañonazo de una. En general, se estaba dando que la única forma de trabajar y ganar un sueldo digno, era estando por fuera de la ley. Ahí estaban las oportunidades, sobre todo en el tráfico de armas, ya que toda la gente quería armarse y matar a alguien.

En esa, (me guastaría comentar antes, lo buena que estaba aquella macoña) el tipo va y abre una puerta como de un armario, y saca un cilindro grueso, de toscos metal, yo no entiendo mucho de diámetro y radio, pero eso era tan grueso como un tarro de leche grande, o una garrafa. ¿Qué era? El tipo nos hizo seguirlo hasta una especie de terraza, pero que era la ladera de un cerrito, estábamos en los barrios marginales de Caracas, como en Valparaíso, construcciones en altura, con vista a la ciudad.

El joven va y calza aquel cañón en uno de esos carritos, carritos de cañón, ¿se entiende o no?

Se sienta, comienza a apuntar y le pide al otro que le traiga la bala, nosotros, o yo, por lo menos, dudaba de que ese cañón fuera de verdad, o que estuviese funcionando. El amigo vuelve, trae un óvalo plateado brillante, nosotros nos acercamos, vimos cómo el tipo calculaba y apuntaba,



directo al cuartel de policía militar, algo así como el GOPE, abajo se veía el edificio, unos policías en la puerta, otros que entraban y salían, en eso el tipo dispara, la bala viaja veloz por el aire y da de lleno en la estructura del edificio. Sale el humo y el fuego, hormigas que salen estropeadas, mirando hacía un lugar desconocido, los venecos se ríen tirados de guata, nosotros nos cubrimos para que no nos fuesen a descubrir.

Todo había sido de verdad, después de esa sensación de haber visto cómo le daban por el culo al cuartel de policía, de sentir que estaba en Caracas, de pensar lo tan buena que había estado la marihuana, qué loca toda la hueá, de ahí, como que me urgí, un poco, ¿quiénes eran estos locos, cuántas armas tendrían, nos matarían, violarían a nuestras amigas?

Por el momento nos íbamos, los seis, nos llevarían a otro lugar más bonito, a ver un río, naturaleza aledaña. No estaba tan lejos, y el río era pequeñito, pero estaba limpio y muy cristalino, y bajo sus aguas había un manto de esas plantitas, parecidas a los berros, o eran berros, nunca he estado muy seguro de cuando son o no son. Nosotros caminábamos por sobre ese manto, era una sensación de mucha tranquilidad, y las laderas eran amplias y verdecitas, unas lomas que parecían tan suaves que me recordaron Dumuño. Caminábamos así en la más amigos, mirando los paisajes, casi sin hablar, era un cambio total, la otra Caracas, pero la misma, pero en otra instancia, una caricia y un golpe.

Al seguir bajando por el río, que nunca fue tan profun-

do, siempre hasta las rodillas no más, en una de sus orillas apareció un restaurante, al paso.

- Puros pescados y cosas que sacan del río-dijeron los caraqueños.

- Ya, vamos a comer entonces.

El bajón de los pitos, la caminata y el aire puro... un hambre severo. Tenían una vitrina, en donde ofrecían toda la variedad de platos que servían, eran peces pequeños, peces de río y una especie de langosta, que no se veía muy apetitosa, nadie sabía qué pedir, eran peces desconocidos para nosotros, además, ¿cuánto valían?, nosotros le decíamos a los venezolanos que pidieran ellos, pero ellos se miraban y no pedían nada, entonces nosotros tampoco pedíamos.

Al fin la Magda y la Lily pidieron una especie de pececillo que no sé qué, pero que tampoco tenía nada de especial. Yo no sabía qué pedir, pensaba en la langosta, pero era muy chiquitita.

Después caché que andaba con caleta de plata, y que podía comprar cualquier cosa y comer varias y que incluso podía invitar a los demás lo que quisieran. Entonces saqué unos dólares e invité a todos algo más, sí, y todos aceptaron, pero ellos pensaron que al principio yo me estaba cagando, como que ellos pensaban que yo no quería gastar ni uno, y no supieron que era que yo no recordaba que tenía esa plata, y que por eso antes no había pedido, de nuevo volví a urgirme, tal vez los venecos me cagarían.

Bajamos por una de esas lomas, esas verdes lomas, allá a lo lejos se veían unos mochileros, este era un lugar en

donde uno podía acampar y pasar piola, ellos habían estado allí un par de días, eran varios artesanos, bajamos todos juntos, había un chileno, unos uruguayos, y unas argentinas, los locos eran buena onda, bajamos corriendo, había un charco de barro, paramos ahí y nos metimos todos en pelota, chapoteamos caleta de rato en el barro, al lado venía bajando el riachuelo y ahí uno se bañaba después, y si querías te podías meter de nuevo en el barro. Estábamos cagados de la risa. Ya después de un buen rato, nos íbamos, yo iba bajando con uno de los uruguayos, un loco de barba, los otros se devolvieron y se volvieron a meter al barro, bajaron todos llenos de un lodo negro muy bonito.

Al fin, yo me fui sólo, a caminar por la ciudad, habíamos subido de nuevo un cerro, los recovecos y las escalas eran muy porteñas, había unas niñas pequeñas que jugaban afuera de sus casas, la Magda se quedó conversando con ellas, yo decidí caminar, los demás miraban, esa vista, que había desde la altura. Yo comencé a bajar, anduve así por todos lados, caminaba y caminaba, sin parar, como mirando todas las cosas, las cosas nuevas, las cosas de otra gente, de otras ciudades, llegué a una plaza y vi a un caballero que jugaba con su hijo y con un perro blanco, sentía no ese calor intenso del Caribe, sino que una brisa muy especial, muy refrescante que me hacía andar muy feliz, me hacía andar como volando por entre las calles, andaba y andaba sin cansarme, caminaba y caminaba, todo me parecía deslumbrante, pensaba en que andaba allá en Caracas, Venezuela, además por los barrios más alejados del centro, sentí una mayor tranquilidad, ya no

esa violencia del centro de la ciudad.

Bajé por una calle, después había otra por donde pasaban autos, la crucé, llegué a las líneas del tren, crucé, y me vi andando por ahí cuando uno viene de Horcón y va llegando a Ventanas, la costanera. Lloviznaba, era verano y hacía un gran calor, había varios arcoíris, la llovizna era casi un manto de vida, eso era en todo caso, un manto suave de vida, pero yo aún pensaba que estaba en Caracas, pero ya no, ahora estaba en la calle de Ventanas, andaban gringos en pantalones cortos, en general la gente andaba relajada, la llovizna estaba mojando duro, pero había una alegría general, cómo mierda había llegado a Ventanas?, sentí un terror de haberme perdido, de mis amigos, cómo volvería, qué haría. Volví por el mismo camino, y allí estaba nuevamente en Caracas, sí, volví a subir ese cerro y me encontré con Manuel y le dije: “Llegué caminando hasta Ventanas y ahora volví”. Al principio no me creyó, me dijo que era imposible que yo hubiese atravesado el Caribe y haya llegado hasta Chile, pero luego recordó que sí, que había una ruta, que unía a Chile con el Caribe y que se podía hacer de a pie. Entonces se rió, y todo fue normal.

## De cuando casi compro pescado congelado en la caleta Horcón

**A** sí entonces, con mi amigo Manuel, salimos a buscar trabajo. En esta ocasión estábamos en el Azul Profundo. En el mismo restaurante de mis barrios de infancia. Allí estaban necesitando gente, no recuerdo muy bien para qué, pero había mucha gente, hombres y mujeres. La situación era la típica esperable en estos casos, la gente allí a la espera de algo, formando filas, moviéndose alrededor de un pequeño espacio, otros más allá, más piola, encendiendo un cigarrillo y conversando. Algunos van en grupo, con sus amigos, no faltan los que con actitud de primer día de clases, conversan con todo mundo y hacen nuevas amistades.

Nosotros estábamos ahí, con Manuel, en esa situación apestosa, cuando vemos llegar a la Anita y a la Lorena, también venían ellas por el trabajo, con sus carpetas con currículos y sus faldas cortas. Era una situación muy graciosa, el trabajo consistía en acarrear cajas con pescados de la caleta y subirlos a una camioneta. Nos reímos, las posibilidades de que nos tomaron a los cuatro y consiguiéramos el trabajo eran las mínimas. Lo más divertido, era habernos encontrado allí, con Ana y Lorena, ellas, las mismas que eran titiriteras de la Universidad de Playa Ancha.

El encuentro nos relajó, por último, si no nos salía el trabajo, por lo menos nos habíamos encontrado. La cosa es que se hacía tarde, la fila no avanzaba hasta donde esperábamos nuestro momento de la entrevista, ya era hora de comer algo, la gente se dispersaba buscando una empanada o algo para comer. Con Manuel decidimos ir por unos botellones de vino y unos mariscales, las chicas se nos unieron.

Fuimos a los puestos de mariscos, los comedores estaban ubicados en el subterráneo del galpón donde se guardaban los botes. Bajamos escaleras, llenas de agua turbia y escamas de pescado. La madera se veía mohosa y vieja.

Abajo, unas viejas y gordas señoras, ofrecían sierras en unos cajones, se veían las sierras grandes y fresquitas. Seguimos avanzamos por unos pasillos, pero al cabo de un rato, me di cuenta de que estaba solo, parece que los demás habían doblado por otro recoveco.

Salí hacia un gran comedor, parecía un patio interior, como un salón sin techo, en el cual había una gran mesa, todo estaba adornado con guirnaldas tricolores, hojas de palma y manjares nativos. Sentados a la mesa estaban mi padre, mi madre, Marie, mi hijo y mi Yerka.

Se trataba de una celebración dieciochera, yo había quedado en llegar, me estaban esperando, yo no sé cómo es que había llegado allí, estaba en esa situación ahora, había llegado, pero yo me quería ir, lo mío era viajar a lo de José del Araguaya a celebrar allá. Marie también había quedado de ir a lo de José.

Me acerqué a mi padre y juntos nos fuimos conversando y cruzamos la calle. Por todas partes había chaya y serpentina, revoloteando entre los pasos, y también harta chicha.

Alcanse a ver a mi Yerka molestar, fue tan sólo una mirada, pero lo supe, la vi ponerse de pie, molesta, tomar a nuestro hijo y llevárselo, parece que iba con su amiga, esa chica, seguramente le estaría cahuineando algo contra mí. Yo seguí con mi padre, pero ella se acercó, y me dijo: “yo quería que pasáramos el dieciocho juntos, mira, te traje esto.”, entonces ella me muestra una botella de agua de coco. Era una botella muy hermosa, toda cubierta con fibra de coco.

Era todo un detalle para nosotros, parte de las pocas cosas que compartíamos. Habíamos leído en un libro de 1514, el relato de un español que había probado el agua de coco acá en América y se había referido a ello, de la siguiente manera: “Lleno de una agua clarísima y excelente, la cual agua bebida es la más sustancial, la más excelente y la más preciosa cosa que se puede pensar ni beber, y en el momento parece que así como es pasada del paladar ninguna cosa ni parte queda en el hombre que deje de sentir consolación y maravilloso contentamiento. Cierta parece cosa de más excelencia que todo lo que sobre la Tierra se puede gustar, y en tanta manera, que no lo sé encarecer ni decir.”

Después de leer ese libro, nosotros habíamos buscado esa agua, habíamos roto el coco y habíamos bebido su jugo, y comido su carne buscando ese placer. Lo habíamos encontrado, sin duda. Ahora, que ella llegaba con esa bo-

tella, establecía una comunicación directa en un código que sólo ambos manejábamos. Su amiga se quedó con nuestro hijo.

Nos fuimos de la mano, y por allá, por el Camino El Alba, llegando a Estrella de Mar, por allá en una casa de dos pisos, subimos una larga escala hasta un cuarto oscuro. Allí entre sábanas y cobijas rojas hicimos el amor.

Eso no significaba que yo no seguiría mi camino a lo de José del Araguaya, así que me fui y ella quedó pelando el cable. Bajé hasta la caleta, me senté un rato a mirar el mar, me senté en una roca, yo estaba un poco triste. En eso veo aparecer la camioneta de la Celia, ella venía ahí, manejando, como era de suponer, tal vez ella iba a lo de José. Se detuvo, algo hablamos, no sé qué me dijo, pero me subió el ánimo y nos fuimos al bar La Red.

Allí bebimos un poco, todo estaba piola, me fijé en unos jóvenes que estaban para los mandados y que cuando alguien en alguna casa necesitaba un trago, los mandaban a ellos a dejárselos. Era una especie de trabajo, pero muy informal, a cambio de sus mandados recibían una caña de vino por cada viaje.

Cerca de la barra estaba sentado un hueón al que yo conocía, pero ahora lo veía con el pelo corto y vestido con ropa elegante. No era posible, nos acercamos con Celia y nos sentamos con él, sí era él, estaba bebiendo un vaso del mejor whisky. Nos sentamos en una mesa y pedimos una botella de brandy, después de eso terminamos muy ebrios y nos fuimos, caminamos un rato por la Avenida Principal y de ahí hasta la playa.

Allí bebimos y hablamos en lenguaje de delirio, no recuerdo que fue de la Celia, pero al poco rato se puso a llover y quedamos todos mojados. Dentro de esa locura recuerdo que este hueón me cuenta que es jefe en alguna mierda de trabajo, algo así como el frigorífico de Barón, supervisando hueones que cargaban cajas con pescados congelados, entonces me ofrece trabajo, y yo que justo andaba en esa, buscando pega, el hueón me ofrece darme el dato para ir, pero en eso se aparecieron unos locos, venían de la playa, andaban carreteando por ahí también y este hueón como que se urgió y se quería ir. Se notaba que en la playa había un vacilón hardcore, este hueón se quería puro ir, a mí como que me dieron ganas de quedarme ahí, la lluvia no paraba y la sensación era la de estar dentro del mismo mar, de pronto sentí que ese era mi lugar y lo sería de por vida, se lo dije, no me movería de allí nunca más, sería un mendigo en esa esquina y viviría con tan sólo un cartón como vivienda.

Después de eso, el hueón pensó que yo estaba loco, me lo dijo, que no confiaba en mí y que no pensaba que yo pudiese trabajar en el frigorífico. El muy maldito pensaba que yo no era capaz de habérmelas con unas cajas de pescado congelado. Estoy seguro de que la verdadera razón es que este hueón quería, o tenía, algo con mi Yerka, sí, estoy seguro, creo que después de que yo terminé con ella, este hueón se la empezó a comer. Seguramente el hueón la estuvo esperando hace rato, a lo asolapado, la muy cojinova, capaz que hasta me haya pegado en la nuca. Ahora este loco le estaba dando color con el dato del frigorífico,

en una de esas el hueón me había visto pasar con la mina de la mano, capaz que hasta la haya estado esperando, o anduviesen juntos.

Lo vi a los ojos, sus ojos estaban turbios, me dio mala espina, se parecía a un pescado congelado, qué tenía que estar haciendo un pescado congelado en la caleta, donde hay tanto pescado fresco, era rara la hueá, es lo mismo que un pescado fresco, no tiene nada que hacer dentro de un frigorífico.

### **De cuando fuimos a trasquilar a La Chocota**

**L**o primero era encontrar a mi Yerka, en medio de ese ambiente tan enrarecido, luego apareció ella, con su mismo cabello largo, negro y su rostro lunar; había dos opciones, podría haberle dicho que la había llamado, que había tratado de ubicarla, repetidamente, insidiar, que por qué no estaba ella, pero no era esa la idea al haber venido a buscarla. ¿Venía yo a decirle que la amaba?

Tomé sus cabellos, la besé, no dije gran cosa, tan sólo que la amaba. Estábamos en una casa, había algo español en todo eso, como la capa de un torero, y el toro, o tal vez la sangre... y un fondo oscuro.

Más aquello pronto pasó, de eso hace ya algún tiempo, lo acabo de recordar ahora, es ese pequeño pedazo de la

historia, en que yo la volvía a amar.

Aquí en La Chocota está helado el aire. Yo voy con Manuel, caminando por una pampa, aquí vamos, por los espacios abiertos y el silencio, y una extraña añoranza me trajo la imagen. Lástima no recordar más, ya que siempre los desenlaces traen algo más. Ahora a la estancia. Al ir caminando, en busca de la estancia de unas personas, sin saber dónde está, creo que todo es muy bonito, porque sabemos que no nos vamos a perder, ni siquiera a equivocarnos.

Ya estábamos llegando, un caminito nos iba llevando hacia la casa, en donde sería la fiesta. Parece que hoy es el día en que le sacarán la lana a los animales. Estamos invitados a ver cómo lo hacen, en realidad, estamos invitados a vacilar, unas buenas carnes de llama y unas grandes jarras de alcohol, bailar sayas y huaynos.

Entramos después por un pasillo, muy angosto, pero abierto por arriba, es decir, como un laberinto, un verdadero laberinto, con paredes altísimas de piedra. Nos van llevando sin poder ver por dónde, recorremos nuestro camino como animales al degolladero.

El recuerdo del cabello negro y de la boca roja, fue por eso que pensé en España, en las corridas, tal vez en Pamplona. Afuera suenan los gritos exaltados, de repente ha comenzado a ocurrir algo, al parecer algo malo, nosotros no podemos ver qué ocurre, los muros son muy altos, pero bien, los pasillos son angostos, alargando nuestros brazos y nuestras piernas podríamos trepar.

Salimos al viento, a la extensión llana, las personas se veían diminutas a la distancia, corrían ebrios, alzaban sus

brazos, se tocaban las cabezas, más allá animales huían velozmente, internándose en los caminos serranos. Algunos hombres se alzaban en caballos para tratar de darles alcance, a sus carnes, a sus lanas. Bueno pues, nosotros nos imaginábamos a nuestros amigos en su desesperación, así fue que saltamos los muros y corrimos también a la caza.

Como consecuencia del alboroto, el singani y las hojas pilchadas, terminamos sobre un camión, en la parte trasera, íbamos muchas personas, yo y Manuel quedamos colgando. El camión iba a una buena velocidad atravesando el pueblo, todos estaban en la volá de la fiesta, todos estaban ebrios, era una especie de carnaval, una especie de procesión de pescadores.

A medida que el camión pasaba con todos nosotros colgando, la gente para divertirse salía de sus casas para arrojar cosas, papas, mangos, plátanos, piedras, jarras, botellas, camisas, palabras, gritos y escupitajos. Hasta risotadas.

Uno que iba allí, en la volá de no caerse del camión y caga'o de frío por el viento helado que chocaba contra nuestras caras, poco podía hacer contra los pobladores, permanecemos indiferentes a su diversión, a causa más que nada del frío, además era algo normal, la gente quería beber y divertirse, en La Chocota la joda es gratis y eterna.

Después encontramos a Magdalena, estaba todo preparado para hacer un viaje a otro planeta. Era una misión, yo y Manuel, debíamos verificar algo en una especie de antena.

Nos fuimos volando en un cohete y al llegar al planeta,

que nunca supimos qué planeta era, aterrizamos en donde había una antena de metal oxidada. Magdalena permaneció en la nave, nosotros bajamos, llevábamos unos estúpidos trajes de astronautas, por alguna razón debíamos llegar a la punta de la antena. Comenzamos a subir y a nuestras primeras pisadas los fierros comenzaron a quebrarse, estaban corroídos por la atmosfera espacial, la sensación de miedo, al no tener la confianza de que al otro paso no te caerías, por lo mismo íbamos dando un paso cada uno, la situación era muy tensa, nos aferrábamos al metal oxidado y este rompiéndose a medida que lo tomábamos, la antena era frágil y temblaba mientras subíamos, pero logramos llegar, no sé para qué, pero lo habíamos hecho.

Bajamos, nos sacamos los absurdos trajes, Magdalena salió de la nave y nos fuimos a un bosque que estaba un poco más allá. La verdad es que Magdalena sabía más cosas de las que nos decía. Ella sabía que allí estaba ese bosque y que debíamos dirigirnos a determinado árbol y que allí ocurriría algo.

Nos sentamos bajo ese árbol, el lugar era igual a la Tierra, era como el bosque que está sobre la playa Caucau, sólo el cielo se veía distinto, no era azul, sino que era mucho más oscuro y nebuloso. El bosque parecía un bosque de terror, un bosque embrujado y misterioso, sí, muy misterioso.

Magdalena estaba allí en silencio, esperábamos algo, ella sabía qué, nosotros no, no sabíamos qué esperaba Magdalena. Había buen silencio y eso nos tenía muy nerviosos, Magdalena estaba impaciente, preocupada. Al final noso-

tros no tanto, ya que no sabíamos qué era lo que debía ocurrir.

Bueno, esto ocurrió, de una buena vez y me ocurrió a mí. Resulta que apareció un insecto, lo que en nuestro planeta podríamos llamar un insecto, negro y muy grande, parecido a una especie de avispa azul con antenas anaranjadas, esa que habita en el centro-sur de los bosques amerindios. Esta era parecida, negra, totalmente negra, pero con ese cuerpo grande y fuerte de esas avispas, pero un tanto más grande. Apareció dando vueltas al árbol, pero se supo de comienzo que venía por mí y que eso era lo que esperábamos allí con Magdalena.

El insecto revoloteó algunos momentos azules como pájaros, luego vino a posarse en mi mano y me picó.

No era eso lo que importaba, y creo mejor dejar para el final cualquier tipo de aclaración, por ahora relatar sin coimas y sin engaños lo que sucedió.

El insecto se posó luego en la tierra, y allí lo observamos con expectación, era el primer habitante de otro planeta que podíamos ver. El insecto estaba escarbando un poco en la tierra, luego se fue. Nosotros nos manteníamos impávidos. Algo pasó volando cerca de mí, un viento rozó mis cabellos, miré, era una gaviota, ¡una gaviota! ¡miren, una gaviota acá en el Espacio!, pero cuando ellos miraron la gaviota ya se había ido, al igual que la avispa. Igual la escucharon graznar, su graznido se escuchó tan marino,

tan como en la playa, que no cabían dudas de que hubiese sido una gaviota.

Inmediatamente apareció una paloma blanca, igual a las de la Tierra, pero esta podía hablar, aunque no ha-

bló, igual que las de la Tierra.

Con lo de la paloma terminaba el incidente, Magdalena sabía desde un comienzo que al ir a ese planeta uno de nosotros tres enfrentaría un maleficio, un poderoso maleficio, eso fue con la picada del bicho, lo de la gaviota fue una interrogante que nadie pudo responder, pero lo de la paloma venía a ser eso, mi confirmación en la vida.

Ocurrieron acontecimientos asombrosos mientras estuvimos en ese bosque, a decir verdad, yo ya no los recuerdo bien, pero hubo un diálogo con el viento, unas hojas verdes que se movían y creaban un sonido, un mensaje en ello muy valioso para mí, que al estar allí se comprendía plenamente, pero que al volver a la Tierra, olvidé.

Cuando volvimos a La Chocota, teníamos por proyecto, alistar lo antes posible nuestro equipaje y partir rumbo a México. Yo fui a casa, preparé la mochila, compré alimentos para mi cucayo, guardé mis ropajes, tenía todo listo para partir. Eso sería mañana.

Pero esa noche impulsado por una fuerza mayor, me dirigí hasta la casa de mi Yerka, ella venía llegando del Norte, de la fiesta de la Tirana, por eso no había estado mientras yo trataba de ubicarla. Llegué a su casa de noche, ella abrió la puerta, estaba sorprendida, podría haber encontrado a otro en su cama, pero no, no había nadie. Me acerqué, le dije que la estaba ubicando hace días, pero que eso no importaba. La tomé de sus cabellos y la estreché hacia mí, sentí su cuerpo junto al mío, lo único que importaba era decirle que la amaba.

Nos acostamos, yo ya no viajaría al otro día, ocurrirían

cosas extrañas en esa casa, era una casa maldita, espían tras los espejos, estaba llena de burlescos guardias, siempre era lo mismo con Yerka. Al día siguiente yo pasé por el patio, ella estaba sentada allí en una esquina, me miró indiferente, yo pasé indiferente a su lado, seguí caminando. Al rato me encontré una figurita de madera tallada, era una estrella tallada en agûano, era brillante, bien pulida, la recogí, pensé en regalársela a alguien, a cualquiera, menos a ella. Justo en ese momento, apareció Isaura, hacía mucho tiempo que no la veía, hacía mucho tiempo de nuestra última vez juntos. Allí estábamos ahora, ambos otra vez desnudos, en medio de ese patio, le entregué la estrella, nos abrazamos como siempre y sentimos esa energía estelar deslizándose por nuestros cuerpos. Corrimos por unas escaleras hacia un segundo piso, nos encerramos en una habitación, botamos mesa y sillas, y cerramos la puerta con el pestillo.

Nos zambullimos en una aurora boreal de éxtasis y placer que brotaba de nuestros cuerpos al amarse, y comenzamos a navegar, alejándonos hacia el norte.



## De cuando tomé la micro antigua de Horcón a Viña

**D**espués veré si recuerdo algo antes de haberme subido a la micro, por ahora, sólo que me subí por monedas a la micro, que debía ser la Sol del Pacífico de Horcón. Esta era una de esas antiguas Mercedes Benz, modelo Marco Polo II y la conducía un viejito. La micro iba más o menos llena, pero aún había asientos, me subí a la hora en que venían los escolares y me senté en un asiento doble que venía desocupado.

Al frente, o a mi lado, en otro asiento doble, venía una mina. Atrás estaba la puerta y más atrás la corrida de asientos del final. Allí venían hartos locos y minas escolares.

Yo no sé cómo puede ir uno tan volado o tan perdido, para no haberse dado cuenta si la micro iba o venía, pero me tranquilicé, pensé que la micro al llegar a la garita volvería a dar la vuelta, y que de ninguna forma quedaría tirado.

Yo en mis manos llevaba una gran bolsa y además llevaba una chaqueta que me había sacado, todo eso lo llevaba sobre mí. Habíamos empezado a mirarnos con la mina que iba en el asiento del frente. Era una escolar preciosa y se veían sus piernas de brillante luna, decidí que eso era lo que quería tener encima mío y no estos bultos. Por lo menos me servían para pasar piola, podía meter

mis manos bajo ellos y agarrármela mientras miraba a la chica. Ella igual de repente me miraba y se reía, a lo mejor adivinaba lo que yo hacía con mis manos bajo los bultos.

Yo estaba medio urgido, no me atrevía a mirarla directamente a los ojos para lograr un orgasmo, aunque a ella le gustase que yo estuviese mirándola. Realmente lo que me ponía nervioso, era ir arriba de la micro, y los demás escolares que venían atrás.

La escolar que estaba al lado mío se reía, insinuando algo de excitación, de pronto, cuando íbamos por unos caminos altos, que a mí me parecían irreconocibles, los escolares que iban sentados atrás se bajaron todos, juntos. Tan sólo quedó ella, la chica que me miraba, delante iban otros pasajeros, pero eso por ahora no importaba.

Quedamos en confianza y volvimos a mirarnos, ella se levantó y vino hacia mí, me dijo algo, como que me iba dar una prueba de confianza, era algo así, ya que esas no fueron sus palabras, pero ella se sentó conmigo, queriendo darme a entender que yo le gustaba, aunque no por eso se acostaría conmigo, por lo menos no de inmediato.

Ya cuando ella se había levantado de su asiento y venía hacia mí, yo había dejado de agarrármela, y cuando ella se sentó a mi lado, fue inevitable acariciar su cara y su pelo con mi mano húmeda, fue sólo un instante, ya que tampoco quería que la chica se espantara.

Estábamos sentados, pero de otra forma, así como de lado, sus piernas iban sobre el asiento y se mezclaban con las mías, nuestros cuerpos estaban abalanzados el uno sobre el otro, en un movimiento físico-químico de reac-

ciones cutáneas en cadena electromagnética.

La micro tenía un estilo antiguo, ya de por sí su carrocería era antigua, pero tenía algunos detalles que la hacían muy especial. Existía una especie de relación casi familiar y personalizada del chofer y todos los pasajeros, no había reparado en ello hasta que la chica me dice: “mira por aquí vivo yo, ah, espera un poco”, y se va, yo pensé que se iba a bajar, la micro se detuvo, ella volvió a mí y agregó: “anda, baja, puedes ir y conocer mi casa, el chofer te va a esperar y yo no voy a ir, me bajo más allá”.

No sé cómo me bajé y quedé frente allí a la casa, que era aparatosamente lujosa, con grandes rejas de fierros oblicuos y jardines como parques, miré un rato allí, de pie frente a la reja, qué iba a hacer, por qué estar allí mirando aquella casa, la micro me esperaba, qué mierda hacer. Un niño se asomó entre las rejas, era el hermano de ella, y quién era yo, no sé, yo soy... el que sale con tu hermana, que es mejor que el que se la agarra mientras ella viste su uniforme escolar, o el que se la tira en la micro, qué se yo, sí, sí, al final soy... su pololo. El niño se rió, a él ni le importaba, sólo quería salir de las rejas y hablar con alguien desconocido como yo. Me fui, volví a la micro, el chofer partió, él iba muy relajado, al volver a subir, vi que la gente de adelante iba fumando cigarrillos, había una señora notable, de cabellos blancos vestida de largo abrigo negro. La vi al pasar, volví a sentarme con mi chica, no sabía qué decir, así que la besé. Ella a dos cuadras se bajó. No quedamos en vernos, quedamos en nada.

La micro siguió, yo me convencí de que había tomado

la micro al revés, pero piola, podría hacer el trayecto de vuelta en la misma micro. Comenzamos a bajar los cerros barrocos y llegamos a la calle Libertad, a la altura de cinco norte, una de las personas que iban sentadas delante gritó. La micro se detuvo, todos se acercaron a ver por la ventana delantera, yo también fui, había mucha gente, muchos pacos, camiones de gendarmería y mucha gente apostada alrededor que esperaban ver algo, nosotros no lo sabíamos, la micro se había detenido casualmente cuando una persona se había cruzado por delante y el chofer frenó.

Entonces supimos por los comentarios de la mujer de pelo blanco, y esta era la misma mujer que quería irse a Santiago, sí, pero eso había ocurrido antes.

Ella se acercó a mí, yo era el último pasajero del fondo, los demás iban sentados adelante, ella se acercó y me ofreció un cigarro, se veía bastante viejita, no le presté demasiada atención, acepté el cigarro, ella quería saber dónde podía agarrar un bus a Santiago. Estábamos detenidos en un semáforo, ahí entre la Plaza de Viña y el Teatro Municipal, y yo le dije entonces que debería bajarse ahí, me miró sorprendida, quizá porque tendría que ser una jugada rápida, antes de que la luz cambiara, volvió donde el chofer, le habló por la espalda, yo miraba desde atrás, la viejita me miró y se sentó.

Me di cuenta de que no se iba a bajar, entonces me acerqué, sí, así fue, me acerqué aún con el cigarro que ella me había convidado, adelante había unas cinco o seis personas más, le hablé al viejito que manejaba, era un hombre gordo y con bigote, medio jorocho, me dijo que no

importaba que la señora iba a conectar un bus a Santiago cuando llegaran a la rotonda de Concón... a la rotonda de Concón, repetí en mi mente incrédula.

Bueno, no había más nada que hacer. La mujer me miró, estaba agradecida por mi preocupación y me ofreció un vaso de plástico que tenía en su mano. Miré sorprendido, el contenido era vino y bebí muy alegre, hasta el final. Le devolví el vaso vacío, y le agradecí, ella rápidamente le pasó el vaso a un joven de abrigo oscuro y gorra vieja, este llevaba una garrafa entre las piernas, todos iban bebiendo de aquellos vasos plásticos, comprendí que por eso iban todos adelante tan juntitos. El cabro le llenó el vaso a la vieja y esta volvió a pasármelo, me invitó a que me sentara, y nos pusimos a charlar animosamente. Allí la vi bien, era una mujer hermosa, pero realmente hermosísima, sus ojos eran de color verde, de un verde oscuro, su boca roja y gruesa aun después del paso de los años.

Era blanca, ella, era blanca y tenía un aire muy interesante de mujer vivida, se reía y hablaba con mucha gracia y soltura, de forma muy natural, yo la miraba embelesado. Su nariz me daba un perfil muy conocido para mí, se parecía a Magdalena, sí, era como si fuese la Magda así, a los años pues.

Por la avenida Libertad el viaje lo vi todo detenidamente, por cuadros, en cinco cuadras, observé cada detalle inmensamente, como un cuadro duradero y profundo, desde los vasos de vino que se compartían, hasta cuando la vieja se puso de pie y se sacó el abrigo, y no era tan viejita, pensé yo, pero sí era viejita, bien que vestía con

una minifalda y aunque sus piernas estaban arrugadas, sí, pero estaban ahí, estoicamente, seguían siendo unas piernas sensuales, largas y brillantes, dignas de ser admiradas, vibrantes de emoción y sensualidad.

La mini era negra y arriba tenía puesta una chaquetita gris. La mujer no era de aquí. Acepté otro cigarrillo, ella viajaba, viajaba siempre, todo lo iba observando, yo iba embelesado con ella y la situación, sabía que me había equivocado en la dirección de la micro, pero el viaje estaba siendo grato en todo sentido.

De repente, una persona que iba junto al chofer gritó, la micro se detuvo, todos nos acercamos a ver por la ventana, casi habíamos atropellado a alguien, el área estaba custodiada por la seguridad nacional en su máxima expresión. Nosotros ignorábamos lo que pasaba, la mujer me dijo: "van a fusilar a Jack Kerouac". Se trataba de un francés, claro, había salido en las noticias, la captura del sicópata de calle Libertad, había matado a varias personas, era un estilo Jack el destripador, decía la prensa.

La micro se detuvo definitivamente, no se podía avanzar, la calle estaba cerrada, bloqueada por la gente que venía a mirar la ejecución.

En un momento, se abrió la puerta del camión de gendarmería y bajaron al tal Jack, dos gendarmes lo llevaban zamarreándolo, la gente gritaba, qué harían, le fusilarían, le ahorcarían, eran las dudas que tenía la gente al momento de imaginar la ejecución del horroroso criminal. En un instante impensado Jack Kerouac se libró de quienes le llevaban y se echó a correr. Nuestros ojos se llenaron de

adrenalina, dentro de la micro estábamos enjaulados, la gente allí afuera corría en grandes tumultos. Yo vi a Jack arrancar entre los autos estacionados y burlar en dos brillantes fintas a unos seis agentes que lo seguían, luego desapareció de mi campo visual.

Entre la concurrencia vi aparecer la figura de Carvacho, en medio de ese oleaje agitado, me bajé de la micro, y le alcancé rápido. Corrimos por la calle en donde Jack había desaparecido, lo vimos entre unos ocho policías, estaba rodeado, Carvacho dijo que no le dispararan, que no podían matarlo porque era un extranjero, sólo podían detenerlo nuevamente y ejecutarlo bajo las normas impuestas.

En eso Jack Kerouac volvió a correr, nosotros también, estábamos por alcanzarlo, los policías eran lerdos, quedaron atrás, de repente él desapareció, así en medio de la calle Valparaíso, justo en donde estaba la estatua del dios Pan, esa que después habían mandado a sacar, y sólo había quedado la tarima de mármol. Nosotros llegamos hasta ese monolito, la policía venía atrás, llegó hasta allí, nos vio, Jack no estaba. Jadeando de cansancio siguieron corriendo.

El monolito de mármol tenía abajo un pequeño estanque de agua, en el que, cuando estuvo allí el dios Pan, había unos pececitos dorados, era una especie de gruta que había hacia dentro. De repente, lo asombroso, la flauta del dios Pan, salió hacia la superficie y burbujeando pronunció algunas palabras... era Jack, estaba escondido allí, preguntaba si la policía había pasado, le dijimos que sí, pero que no saliera aún o sería atrapado fácilmente.

Nosotros nos fuimos, algo preocupados, sabíamos que

Jack Kerouac estaba allí dentro, en una gruta, llena de agua, tan pequeña como una madriguera de cuyi, tan sólo tenía la flauta del dios Pan para poder respirar.

Llegué a la casa de Magdalena, estábamos con Marie, y les conté todo lo que había ocurrido, no sabíamos qué hacer, ¿esconderíamos a Jack Kerouac en casa de Marie, o qué?

Al final ella dijo que no, que el tipo era un asesino, que no comprendía por qué lo hacía y no correríamos el riesgo de albergar a una persona que no luchaba por lo mismo que nosotros. Era un asesino vulgar, la respuesta de Marie fue lapidaria.

Miré a Magdalena, y le comenté lo de la vieja de la micro, se la describí tal cual yo la recordaba, mientras me fijaba en ella misma, en su cuerpo y su cara, viendo las similitudes, me detuve en su boca, en su boca roja y gruesa y sin poder evitarlo, la besé.

Al irme de su casa pasé a saludar a Jack, me preguntaba si aún estaría allí, o si acaso no se habría ahogado, pero no, allí estaba. Le dije que en la noche pasaría y le dejaría ropa seca y algo más, para que pudiese escapar.

## De cuando vivimos la alineación de los planetas en la playa El Clarón

**E**l primer cambio asombroso que trajo la alineación planetaria, fue la casa de Marie. Esto era en la tarde, el sol resplandecía, yo iba caminando por el litoral, y me encuentro así de improvisado con la casa de Marie, pero, cómo supe que era su casa, eso no lo sé, y cómo Marie había adquirido esa casa ahí a orillas del Clarón, nadie lo sabía.

La construcción era de madera, de maderas viejas roídas, era una cabaña, era esa la intencionalidad, más a mí me parecía una casa colonial, el interior era bastante oscuro, de tonalidad gris y café, húmeda y espaciosa.

Allí había mucha gente, estaban varios amigos de las niñas, era como que todos se habían venido a pasar unos días a la playa. Yo había llegado allí de una manera misteriosa, impulsado por el orden de alineación de los planetas, que ejercía influencia en mi estructura molecular y anímica.

Era así entonces, yo había llegado, allí estaban las niñas, Marie, varios locos bebiendo alcohol, bien pues, bien pues me acomodé por allí y bebí con ellos, varios tragos de licores exóticos, las botellas tenían formas finas y eran

de colores, sus sabores eran frutales y fuertes, algunos licores eran destilaciones árabes, pero los locos eran muy cuicos, y no eran muy entretenidos, digámoslo.

Salí a recorrer las otras habitaciones, ya era de noche, no encontraba a Marie ni a ninguno de mis amigos, parecía que no había más personas allí, que esos cuicos. Entré a una pieza y encendí la luz, en una cama había un hombre acostado bajo las mantas. Sobre las mantas y con unos pijamas de franela con dibujitos de animalitos de colores, estaban la Josefina y la María Luisa, ellas dos dormían acurrucadas, la una con la otra en sentido inverso, daba la impresión de un par de gemelas en el vientre materno.

Yo me quedé pegado con la cara de ese hombre moreno al que no conocía. Las niñas despertaron y me dijeron que se trataba del tío de José del Araguaya, que había llegado y había salido con Marie, dejando al tío allí al cuidado de ellas.

Decidí salir a ver si los encontraba, seguro andaban en la guachafita, me metí por el camino, pero estaba oscuro y no se veía nada, pasé por entre un alambre de púa y seguí andando por horas, hasta toparme con unas carpas, había gente acampando ahí, primero unas pocas y después un montón más de carpas. Se trataba de todo un campamento, de esos que organizaba la Junaeb allá en Loncura.

Seguí avanzando hasta un sector que se hallaba bastante iluminado, tenían colgados focos alógenos por doquier, seguí caminando, fumándome un cigarro, avancé por los comedores, se veían muchas chicas guapas, en eso me encuentro con un amigo, yo lo conocía de la época

scout, habíamos estado juntos en Campamentos Escolares, pero él era de otro grupo scout, de Concón, parece.

- Hola Oneiros, ¿qué haces por acá?
- Hola, nada, sólo ando caminando.
- Ah, ¿y te quieres quedar algunos días?
- Sí, podría ser.
- Buena, pero te tienes que buscar un trabajo acá.

Yo estoy en la parte de alimentación, tenemos que ir todos los días al mercado de Quintero y cargar los camiones con los sacos de verduras y frutas, ¿si quieres te puedo conseguir pega conmigo?

- En serio, estaría bueno.
- Vamos entonces a fumarnos un pitito.

Partimos entonces con este amigo, de igual manera como se trataba de un campamento grande, organizado por una institución de gobierno y todo eso, había un montón de gente, cada cual encargada de un área, los de alimentación, los jefes, los del aseo, los de la seguridad, todo eso, entonces había que ir a fumarse un pito terrible escondido, así que estábamos en eso, saltando un alambrado de púas, cuando nos alumbran con una linterna y nos gritan que para dónde íbamos. Menos mal que al loco de la seguridad yo también lo conocía, era un scout de Chiloé y era entero piola, así que nos dejó seguir tranquilos.

Al día siguiente me levanté de muy buen humor. Me ponía de buen humor despertar cuando el sol ilumina el interior de la carpa. Salí, el día estaba radiante. Miré alrededor estaba lleno de carpas, miré y sentí que tenía

grandes posibilidades, grandes posibilidades, sí. De qué, no lo sabía, pero había sentido al mirar al resto de esas personas que eran todos una basura y que yo en cambio tenía todas las posibilidades.

Saqué uno bueno y lo encendí ahí sin más, qué me podía importar a mí ese campamento, la seguridad, los jefes y todo eso, yo era libre. Salí fumando y me dirigí hacia donde estacionaban los camiones. A fin de cuentas,

mi trabajo allí era bastante bueno, ya que me permitía salir cuando quisiera.

Junto a un grupo de jóvenes nos subimos a un camión y partimos rumbo a Quintero. Llegamos al mercado, allí subimos los rollos de papel higiénico, los sacos de harina, cajones de tomate, sacos de papas, nosotros solamente teníamos que cargar, el conductor se encargaba de lo demás. Descansábamos al menos una hora, era el tiempo que el conductor se tomaba en Quintero para hacer sus vueltas. Nosotros aprovechábamos entonces para subir al segundo piso del mercado y fumar yerba. Después nos tomábamos una cerveza.

El mercado de Quintero era antiguo, como el de Valparaíso, pero mucho más pequeño, tenía dos pisos, pero sólo una entrada, no cuatro como el de Valparaíso. Creo que estaba en la calle Alonso de Quintero, entre Baquedano y Luis Cousiño. Ahí afuera de la puerta se estacionaban los camiones, en el primer piso estaban las bodegas con los productos, y en el segundo piso, se accedía por una escala de metal y cañerías, arriba estaban los bares y comedores, pero al ser un mercado más pequeño era muy

piolita, allí sí que de verdad todos se conocían, si eran unas 20 personas que trabajaban ahí.

De vuelta al campamento, mi rutina se basaba en descansar, fumar, comer y volver a caminar, después volver a fumarse otro con los amigos y así, estaba con mi amigo, íbamos yendo a fumar, cuando nos cruzamos con dos gringas, eran súper ricas y súper agujas, ni parecían gringas, porque nos miraron y al toque dijeron: “uy somos justo dos”. Pero mi amigo, no sé en qué volá ultra, les dijo: “váyanse a la mierda, gringas culiás.

Decidí seguir solo, no era buen piloto este hueón, y en la noche se había organizado un encuentro de rock alternativo, según anunciaban, eran puros grupos de Viña del Mar los que iban a tocar, habían venido bandas de todos sus cerros, de Miraflores, de Gómez Carreño, de Santa Inés, tenían una buena cantidad de garrafas de vino piño, pero cada grupo la suya, como que no compartían mucho igual, o sea, estaba cada gente de su cerro con los de su cerro no más, era algo ridículo, porque de alguna manera todos nos ubicábamos, o ubicábamos a alguien del otro cerro, por lo menos. Igual se respiraba un aire de tranquilidad, cada grupo en lo suyo, no había mala onda y conversando un poco por aquí, un poco por allá me enteré de que todo esto era un encuentro de la juventud por un partido político y que esperaban que más tarde llegara Ricardo Lagos.

Antes de comenzar con el rock, se mandaron sus discursos, que los derechos humanos y todo eso, estábamos esperando la música, cuando en esa quedó la cagá, se agarraron a empujones unos locos de Santa Inés con otros a

los que nadie conocía, eran dos y nadie de ningún cerro les ponía la fianza, entonces empezaron a acusarlos de sediciosos. Cuando me acerqué a mirar vi que uno de los dos estaba totalmente ebrio, tirado en el suelo, se había quedado moto. El otro estaba allí intentando explicar de dónde conocía al tipo cura 'o, pero no lo dejaban hablar, y lo seguían acusando de que al haber traído a ese tipo nos había puesto en riesgo, probablemente se trataba de un infiltrado, ya eran acusaciones graves, lo empezaron a rodear entre varios, la cosa se veía mal para él, porque además nadie lo conocía, pero eso no era lo peor, sino que les parecía más grave que hubiese traído a otro

desconocido. Pero quién era ese desconocido entonces, esa era la pregunta.

Me acerqué a mirarlo, el tipo estaba tirado en el suelo y nadie le prestaba atención. El otro chico trató de huir, pero no le funcionó y lo agarraron entre muchos más ahora.

Miré al que estaba tirado, yo lo conocía, claro que sí, era un viejo chicha que vivía en la Gómez, yo lo había visto además en la mañana en Quintero, de puro chichero debe haberse venido siguiendo a la gente.

Fui corriendo a avisarles que el viejo que nadie conocía era de Gómez Carreño, se lo empecé a decir a la gente y así el rumor logró llegar hasta el grupo que amenazaba linchar al otro sujeto y cuando supieron que el viejo era de la Gómez, ahí todo se calmó y los de Gómez Carreño se llevaron al viejo a su sector y al otro muchacho lo soltaron, entonces fui a ver quién era y para sorpresa mía era el mismo loco de Chiloé que yo conocía, pobre hueón, con

razón casi le pegan si no conoce a nadie acá.

Me quedé con él para que vieran que no estaba solo y además que era buena onda, estábamos ahí esperando el encuentro de rock, cuando en eso llegó Ricardo Lagos, pero venía con un peluquín negro y como que quería pasar piola, pensó que nadie se iba a dar cuenta del cambio y todos cagados de la risa, entonces como que Lagos se urgió, porque al final no habló.

Decidí volver a casa de Marie, al llegar las encontré allí, a ella y sus hijas, Magdalena, Josefina, María Luisa y Gabriela. Conversamos como en familia, ellas estaban hartas de Sandoval, me lo planteaban a mí, decían que yo lo había traído, que era amigo mío y querían saber qué pensaba yo al respecto, si el tipo era legal o era un traidor. Estábamos en la alineación de los planetas así que dije la verdad, no había que abrirle más la puerta a Sandoval y ya, él no valía nuestra confianza. Así entonces de manera consensuada se decretaba la eliminación de Sandoval, pero sí, se le abriría la puerta, tan sólo una vez más, se le abriría la puerta para expulsarlo.

De un momento a otro me sentí mal, tuve la sensación de que moriría en ese momento y entré al baño, Marie me vio entrar, nadie más, si moría allí nadie lo sabría. Cerré la puerta con pestillo y levanté la tapa de la taza, sentí que vomitaba mis entrañas, pero no era un decir, era así, tal cual, mis entrañas estallaron y saltaron trozos de fibra y sangre de mi boca, estaba vomitando lo que quedaba de mi hígado. Sentí que moría, me estaba desvaneciendo, agonizando, mis manos aferradas a la taza empezaban a

soltarse y lentamente caía en el piso del baño, me desvanecía poco a poco sintiéndome morir. Me llené de paz y sentí que estaba bien morir, que había estado bien vivir y ahora moría en paz.

Llegué a ver mi cuerpo tirado ahí en el baño y yo mirando desde afuera, sabía que estaba muerto y que ese cuerpo ya no era yo. Entonces vi mi sangre ahí en el piso, mi hígado arrojado en la taza, un hígado necrótico, y sentí que había sido todo muy simple, que el vivir y el morir había pasado sin pena ni gloria, que no podía ser sólo eso para mí, tenía que seguir viviendo, aunque fuese un poco más, aunque no tuviese hígado, tenía que vivir un poco más.

Me levanté y seguí viviendo, saqué el pestillo y volví a la fiesta, pero me movía casi como un fantasma, era prácticamente un agónico. Hasta que escuché que llegaba Sandoval, en ese momento las fuerzas volvieron a mí, se sentía un alboroto por toda la casa, era como un temblor y esa energía me activó, volvía a la normalidad y a mi templanza habitual.

Sandoval llegó con su acostumbrada hipocresía y su aire de superioridad, en ese momento Marie empoderada con el mandato popular le comunica que su visita no es ni será más bienvenida. Algo parecía desencajarse en él, era como si se le hubiese caído una máscara, quedó al descubierto y lleno de vergüenza, se marchó. Así es lo que sucede cuando los planetas se alinean, sino estás en su órbita quedas fuera, simplemente.

En la noche, caminamos por la Playa El Clarón, subimos a una gran roca que recibía la fuerza de las olas, y



desde allí vimos como la luna en una diagonal con venus, marte y mercurio se alineaban con nosotros. Estábamos justo en su misma órbita, o constelación, o como quieran llamarlo, pero para mí el nombre era lo de menos, porque en ese momento, la co inspiración lo era todo.

### **De cuando escuchamos Deep Purple en Horcón**

**T**odo esto era cuando andábamos en Horcón, con mi hijo Pichicuyi y su madre. El asunto es que andábamos buscando un banco, así que caminamos hacia la caleta, estaba atardeciendo, debían ser como las siete y media de la tarde.

Llegamos hasta lo que era el centro de Horcón, la zona del comercio, eran unas enramadas de madera y palos, que me recordaron a las chicherías de San Francisco de Mostazal, esos eran todos los locales que habían. Una tienda tenía vitrina y era notable, a través de un vidrio se veía hacia un montón de duendecillos que estaban ahí dentro, eran unos muñequillos de plástico, no tenían ropa y sus cabellos eran de fuego, pero eran muy plásticos, lucían muy falsos. Entonces mientras estoy ahí mirando y preguntándome quién atendería en aquel negocio, uno de los duendes se mueve, y noto su diferencia con los demás, este se notaba que era de verdad, ya que, además de

moverse comenta, como para sí mismo, pero hablándome claramente a mí, algo relacionado al frío y a lo mal caracterizado que estaba el pelo en aquellos duendes de plástico.

Ahí mismo me di cuenta de la diferencia, ya que, el duende me explicó que al comprar un duende de esos, venía incluida una caja de fósforos, de esas grandes. Entonces vi a ese duende verdadero ir hasta la caja de fósforos, encender uno y prenderse el pelo de su cabeza, incendiando así sus cabellos, fue algo rapidísimo y que parecía ser muy habitual para él. Era incluso refrescante para él, refrescante, sí, tal como si tú te arrojaras un vaso con agua en la cabeza, para el duendecillo era refrescante quemarse los cabellos, además así se mantenía vivaz y resplandecía de manera hipnotizante.

Seguimos, mi Yerka encontró el banco, yo fui, ellos me esperaron afuera, yo tenía que ir directo a la caja y engañar a la cajera, darle un nombre falso y hacerme pasar por un chico universitario, de esta manera conseguiríamos dinero.

El banco era todo de madera y estaba adornado con colgantes de conchitas marinas, dándole el aspecto de consulta esotérica más que de banco.

La mina que atendía resultó ser simple, me refiero a que no pidió mayores explicaciones ni se hizo problemas con la falta de algunos documentos importantes, ni con las fotografías que no coincidían mucho, ni las ridículas explicaciones que di sobre la situación familiar. La cosa fue que me autorizó a sacar el dinero de la cuenta de esa persona, sólo faltaba una firma, de una señora que estaba más adentro, allá donde estaba la plata.

La mina fue y se demoró un montón, debo decir que esta fue una jugada lenta y de engrupir y engrupir sin parar, es decir contar el cuento de principio a fin, sin parar, haciéndose el simpático y el bien educado. La mina me había comprado todo, se había engrupido con cuática, tanto así que cualquier papel que faltase, certificado, o lo que fuese, ella lo pasaría por alto sólo para ayudarme, porque le caí bien, porque ella sentía que me estaba haciendo un favor.

En eso aparecieron las dos, la vieja quería verme, le había parecido tanto el compromiso que la cajera había puesto en el tema que había querido venir a ver quién era, entonces la vieja me miró y miró a la cajera e interpretó que había onda, es decir, que había algo entre nosotros, así fue que sonriendo puso su firma y se fue rápido a buscar el dinero, en el entendido de que estábamos en familia.

Ya estaba todo listo, tenía el dinero en mis manos, los mansos fajos de billetes, entonces comencé a despedirme, miré a la cajera y vi algo en su mirada, realmente se había establecido una conexión. Ella me acompañó hasta la puerta y me volvió mirar, esta vez con mucha pena, era una mirada tan triste, tan suplicante, como de quien ve alejarse lo más importante que le ha pasado en su vida. En vista de eso, me detuve, ya estaba claro de lo que tenía que hacer, esa mirada era clara, era más que una insinuación, había que hacerlo, volví a mirarla, ella no aguantó más y se me vino encima, nos besamos apasionadamente en la puerta del banco, es decir, ella me besó, como una loca desatada, luego se detuvo, me miró esperando una

respuesta, la tomé y la besé con toda mi fuerza, no había manera de detenernos, teníamos el dinero, nos estábamos besando, no había más que pensar, salimos juntos del banco, tomados de la mano, nos iríamos juntos, sin importar nada, salimos juntos del banco.

Al salir del banco yo esperaba la explosión, me refiero a esa que sabes que estallará en tu cara, como cuando inflas un globo más de la cuenta. Así yo esperaba el grito y los insultos de parte de mi Yerka, pero al salir nada, sólo silencio y el sonido del mar. No lo podía creer, abrí mis ojos, ella no estaba, mi hijo tampoco, se habían ido, pero adónde. Además, ¿quién tenía la mochila, qué mochila?, no lo sé, pero era una pregunta importante, ¿quién tenía la mochila entonces?

Después yo me fui sólo, pensé, en serio, por un momento en abandonar a la madre de mi hijo e irme con la cajera, pero después la miré bien y la encontré ahí no más, no valía la pena irme con ella, así que en una de esas le hice la bicicleta y volví a la caleta.

Se respiraba una gran excitación colectiva, toda la gente comentaba y rumoreaba cosas por allí, los pescadores estaban muy alegres. Me acerqué a uno de ellos, a uno que tenía un gorro de lana, me acerqué para escuchar que era lo que se rumoreaba. Así fue que escuché que habían visto ballenas y que las habían visto en gran número, con crías y todo, por lo que la gente estaba feliz y los más antiguos comentaban que antes, hace muchos años atrás, había habido muchas ballenas en estas aguas y que ahora se trataba del regreso de las ballenas, lo que era sinónimo

de fiesta porque Horcón se engrandecería y prosperaría por el turismo que generarían las ballenas y la cantidad de turistas que vendrían a fotografiarse con ellas.

Me acerqué a la orilla para contemplar aquel espectáculo, la marea se veía agitadísima, logré ver a una ballena moviéndose entre las aguas. Era un ser fabuloso, realmente enorme, era capaz de agitar las aguas de tal manera que podría inundar todo el pueblo, pero sus movimientos eran suaves, claramente lo hacía para no inundarnos, eso era lo que la gente comentaba, la suavidad con la que nadaba para no levantar oleaje, y así y todo se salían olas inmensas.

Comentábamos lo benevolente de la ballena mientras la observábamos nadar, cuando de pronto, pero nótese bien este de pronto, porque fue muy así de pronto, el mar se abrió y apareció la imagen, una imagen que nos llevó 822 segundos dilucidar qué era, un barco, no, un galeón español, no, la máquina del tiempo de doctor Kilovatio, no. El Caleuche... parece que sí, parece que era el Caleuche, la mayoría de la gente pensaba que sí, aunque a mí me parecía verdaderamente que era la máquina del tiempo, sino un mamut, un mamut emergiendo de las aguas profundas, con sus colmillos al aire, comprobando la existencia de una civilización perdida, o mejor aún los kaweskar portando lanzas y liderando una rebelión que terminase con nuestra civilización.

De pronto a alguien se le ocurrió que podía tratarse de una ballena muerta, de las costillas de una ballena sepultada en el fondo. Tenía sentido, de pronto a todos nos

pareció que eso debía de ser, pero no, no era así, porque los huesos, realmente eran unos huesos enormes, siguieron avanzando hacia la orilla y se vio aparecer desde las profundidades del mar una especie de carro, un carro de madera, con rudas de madera, pero un carro enorme que avanzaba hacia la caleta. Sobre ese carro monumental venía una especie de animal desconocido, era como un oso del pleistoceno, o una especie de equino, no se podía apreciar bien, porque sea lo que haya sido, venía todo mutilado. Se veían los huesos emerger entre la carne y el cuero café cubierto de pelos.

El carro siguió avanzando hasta que entró a la caleta, las ruedas de madera avanzaron por la arena y luego por el camino hasta el fondo, realmente el carro se parecía a la máquina del tiempo del doctor Kilovatio, pero no era, era un carro de madera que avanzaba impulsado por la fuerza de este animal gigante. El armatoste avanzó entre la muchedumbre de gente y pescadores, quienes comenzaron a seguirlo como si fuese un carro alegórico. Al final del camino había un festival, con escenario y todo, allí estaba toda la gente y el carro se instaló allí al lado del escenario, parecía parte del show. En ese momento un cantante de reggae cantaba animadamente, vestía de ropas blancas y tenía tremendos dreadlocks, el monstruo mutilado se quedó allí, la gente gritaba enfervorecida, el animal amenazaba con comerse a alguien en cualquier momento, pero se acercaba abría su boca y se iba, la gente estaba delirando, había que ver a ese animal acercarse y mostrarte esa boca enorme llena de dientes y además

mutilada. Valía la pena estar allí, la gente lo entendió así, en algún momento el monstruo se comería a alguien, y valía la pena estar allí para verlo, aunque pudieses ser tú.

El cantante de reggae se acercaba peligrosamente al animal mutilado, este le abría la boca y todos pensábamos que se lo iba a tragar, pero no, parecía parte del show, como un león amaestrado, entonces el cantante seguía con su estilo, dando gritos y ritmos jamaicanos, cada vez más estrafalarios, hasta que la escena comenzó a tornarse cada vez más rockera, parece que la banda cambió de ritmo, o tocaron un cover de Deep Purple, y así, mientras la gente en la caleta coreaba la canción, vimos al cantante de reggae desaparecer tragado por la bestia.

### **De cuando caminando llegué a Los Tebos**

**Y**o no entiendo cómo es que ocurren estas cosas, o bajo qué efecto, ni cómo se olvidan los inicios y los finales, ni por qué quedan dando vuelta sólo algunas imágenes, pero de pronto me vi teniendo sexo con mi madre, antes de que ella me haya tenido, o sea, antes de que yo haya nacido, yo estaba con la misma edad de ahora, pero ella estaba joven. Estábamos en un motel del Camino Viejo Horcón, yo montado sobre ella y acariciando sus senos mientras ella me apretaba con sus brazos.

En un momento del futuro recordé que ella era mi ma-

dre, fue al ver sus senos, pero era raro que lo recordara al verle las tetas, porque esas eran justamente las tetas que yo no conocía, sus tetitas de joven, ricas y duritas. Entonces no supe por qué la reconocí, pero yo sabía que ella era mi madre, y que yo estaba recordando que en otra vida paralela yo también era su amante. Yo había sido el amante de mi madre.

La cama del motel estaba buena, era grande, mi madre se subió arriba mío y me tomó el pene, ella misma se lo metió, se ayudó con su mano para que le entrara, quería puro sentirlo adentro. Ahí comencé a darle duro, era sexo puro, darle y darle. En la pared frente a la cama había un gran espejo, así que empecé a mirarme en él mientras me tiraba mi madre. De pronto parecí haberme distraído porque mi madre comenzó a reclamar que no le estaba dando duro, que se lo metiera bien. De alguna manera yo me había desmotivado y no estaba seguro de querer seguir culiándomela. Ella quería puro tener un orgasmo e insistía en que me moviera, yo al mirarme al espejo no pude dejar de ver que me estaba cogiendo a mi madre y al ver mi propia cara de perplejidad por lo que pasaba, mi pene comenzó a achicarse y mi excitación cesó. Pero mi madre no quería aceptarlo y comenzó a forzarme y a empujarme con mayor fuerza para sentir algo.

Me pareció sentir además en ella un olor que me transportó a mi infancia, yo era su hijo, pero ella no lo sabía, no podía saberlo porque yo no había nacido.

Ella se fue decepcionada, era una mina súper rica, y yo, seguramente su peor amante.

Decidí al cabo de un rato, salir a buscarla, caminé tanto en mi desesperación que llegué hasta Los Tebos. Recién ahí volví a acordarme de mi amiga, de la Lily, se debía haber perdido porque no había vuelto.

Sin saber cómo encontré un auto, un fito, de esos autos chicos. Yo nunca había manejado, pero pude subir los cerros y dar vueltas como si nada, pero yo no conocía tan bien el lugar y en una de esas, el auto se me fue en collera, y no pude seguir por una calle y se me fue por otra, y de ahí el auto quedó parado, no pudo seguir y se estancó en la arena.

Me bajé y fui en busca de ayuda. Encontré una casona antigua, entré por el patio trasero y fui a dar a una especie de barraca. Adentrándome en la hacienda vi que había muchas mujeres en esas barracas, no eran esclavas, parecían familias extensas de mujeres, la tía, la madre, la hermana, la sobrina, la hija, la abuela, todas iguales. Estas mujeres me recibieron y me fueron llevando hacia el interior, mientras más avanzaba más mujeres veía. Las que encontrábamos en el camino veían que estas otras me llevaban abrazado y se sonreían coquetamente.

Yo les expliqué el problema de mi auto y que estaba necesitando esa ayuda, entonces una de las mujeres me explica que su padre puede arreglar cualquier cosa averiada, sobre todo en un auto.

Llegamos a una especie de taller, allí trabajaban todos los hombres, los primos, los hermanos, los cuñados, los padres, todos resultaron ser muy amables. Trabajan allí en su taller de serigrafía y se reían mucho al verme rodea-

do por sus mujeres. De repente me encuentro con Sandoval, estaba allí, con una de las minas, era su mina, eso se notaba y los demás lo consideraban como parte de la familia. Al vernos apenas nos saludamos, era raro volver a encontrarnos después de la alineación de los planetas.

Así que en esto había terminado Sandoval, tenía su buena mujer, una chica exquisita, no estaba nada mal.

Llegado el momento me presentaron al patriarca, era el dueño de casa un nombre mayor, de unos 65 años, con cara de vivido, con cara de trabajador de toda una vida. Con una mirada me analizó y me tomó del brazo, dijo que me ayudaría y mirando a sus hijas seriamente, nos alejamos de allí, sólo un poco, ahí el viejo me dice a voz baja que él nunca ayuda a forasteros, pero que conmigo será diferente.

Volvimos al grupo, las chicas me seguían mirando provocativamente, los chicos se reían en mi cara, parecía no importarles, por el contrario, les divertía que sus mujeres coquetearan con un visitante. El viejo me preguntó si yo había estado bebiendo mucho "pajarete" en estos días, aludiendo a que esta era zona de buenos viñedos, yo le respondí que en verdad no había tomado nada en días. Inmediatamente el viejo mandó traer una jarra de pajarete, lo hizo con tanta gracia que todos reímos, no recuerdo cuáles fueron sus palabras, pero eran muy chistosas.

Apareció una mujer trayéndome la jarra, no era cualquier cosa, era un pajarete exquisito, dentro de la jarra tenía además mote y huesillos, era un manjar, igual que la mujer que me la traía.

Me bebí la jarra completa, cuando me di cuenta el viejo ya no estaba y yo me encontraba chispeado, igual alcancé a recordar que tenía un auto que se había averiado y que necesitaba ayuda, recordé además que la Lily estaba perdida.

Fui a buscar al viejo, entré al interior de la casona, me metí a las habitaciones, bajé las escaleras, atravesé ventanales. Todo se veía nuevo, recién remodelado, los pisos de cerámica, los muebles recién comprados, en fin, todo era trabajo, todo era esfuerzo. La casa se transformaba en un verdadero laberinto, cada vez llegaba a un lugar igual pero más profundo, abría una habitación, bajaba una escalera, llegaba a otra habitación, bajaba una escalera, llegaba a otra habitación, así sucesivamente seguía bajando, hasta que por fin llegué a un patio, un patio pequeño, pero patio al fin, había una enredadera trepando las paredes y un portón de metal, ahí sentado en una silla de playa estaba el viejo.

Cuando me vio allí me llamó y me dijo cosas importantes, aunque ahora no las recuerdo. El viejo me abrazó como si yo fuese un hijo para él, abrió el portón y salimos a la calle. Al salir el viejo me regaló un chaleco de lana de alpaca, me explicó que lo tejían sus hijas y que jamás le regalaban nadie un chaleco de esos, sólo a mí, era primera vez que hacían algo así, porque ellos los vendían, quién sabe por qué a mí me lo estaban regalando.

Caminamos hasta donde había quedado mi auto, él lo vio, lo miró bien, lo revisó, me preguntó luego que cuánto había pagado por eso. En definitiva, el auto no tenía arreglo, pero yo no había perdido mucho. El viejo me dijo que

me tendría que ir a dedo, yo lo miré un tanto achacado, me estaba literalmente echando, además me dejaba ahí en medio de la nada, pero no era tan así, porque justo en eso pasó un camión, el viejo conocía al conductor y le pidió que me llevara. Así que subí al camión y me fui alejando irremediamente.

### **De cuando vimos caer helicópteros sobre la caleta de Horcón**

**T**odos vuelven a la tierra en que nacieron, canta la canción, refiriéndose a ese tiempo del retorno, el eterno retorno, aquel que frustra todos los intentos de separación, que reúne pese a las oposiciones y que llega propiciando.

De esta manera, sin querer saber cómo, me vi caminando con mi Yerka, nuestro hijo, y el hijo mayor de ella. Paseábamos en silencio por el litoral, sintiendo que éramos una familia. Al mirar hacia la costa que da para Maitencillo, veo que empiezan a aparecer muchos helicópteros en el cielo, se trataba de helicópteros militares. Nosotros mirábamos sin dejar de caminar, los helicópteros se acercaban cada vez más. El hijo mayor de Yerka se detuvo a mirar, ella le acompañó y de pronto se quedaron un tanto más atrás mirando a un helicóptero que realizaba extraños movimientos en el aire, nosotros seguimos caminando, Pichicuyi y yo parecíamos coincidir en

nuestra indiferencia frente a los helicópteros. Seguimos avanzando, mientras Yerka y su hijo se quedaron atrás. El helicóptero seguía dando extraños giros, a esta altura como un insecto que revolotea enceguecido por la luz. Así fue cómo el helicóptero comenzó a perder altura y se vino abajo, con motor apagado y cayó en un suave vaivén, justo encima del hijo de Yerka. En un instante helicóptero y niño desaparecieron en una explosión.

Así sin más comenzaron a caer todos los helicópteros, uno tras otro, parecían bombas cayendo sobre la costa. Tomé a mi hijo y lo cubrí con mi cuerpo esperando no ser tocado por uno de ellos. Así pasó un tiempo indeterminado, sentí explosiones a mi alrededor, vi varios helicópteros caer al mar, vi a Yerka gritando enloquecida y en un momento increíble, vi a mi hijo sentado de copiloto en uno de esos helicópteros, miré bajo mío, entre mis brazos, no estaba mi hijo conmigo, volví a mirar al helicóptero, sólo un segundo, lo vi, ahí estaba él, después ya no estaba más, había desaparecido en el mar.

Quedamos ahí solo con mi Yerka, nos fuimos a su casa, destruidos, pero con vida, si se le podía llamar vida a eso. En casa ella comenzó a recriminarme, era culpa mía el no haber podido salvar a nuestros hijos. La escuché por unos momentos tomándome la cabeza entre las manos, pero luego dejé de oírla y me concentré en lo que había vivido, el recuerdo de esas imágenes catastróficas me hizo comprender que lo que había pasado, no era que nosotros habíamos visto morir a nuestros hijos, se trataba de una catástrofe a gran escala, podía haber muchos muertos

y heridos, se podía tratar de una guerra o de un atentado terrorista, posiblemente ya habrían operativos en la zona y tal vez sí, por qué no, tal vez sí, podía ser que mi hijo estuviese con vida, podía ser que lo hubiesen rescatado, me pareció verlo salir del mar en los brazos de un marino. Me decidí a volver y ver qué podía hacer.

Al llegar a la zona vi que efectivamente había operativo y mucho ajeteo en toda la costa, la gente corría desesperada tratando de abordar algún bote o lancha, para subir a un transbordador que estaba mar adentro y que iniciaba labores de rescate. Estaban repartiendo chalecos amarillos en la playa para todos quienes se hicieran a la mar, un grupo de personas hacía fila para poder subir a algún bote de pescadores y llegar al barco. A todos nos movía una esperanza, una fuerza nacida de la ilusión. La fila era larga y tendría para rato esperando allí.

Vi una pequeña lancha a motor que iba saliendo llena de carga directo al barco, fui hasta allá y le pedí al tipo que me llevara, no había espacio, tenía razón, no había donde acomodarse, le dije que podía irme arriba de las planchas de aluminio, era riesgoso, pero aceptó y me subí, estirándome sobre las planchas y tratando de no caerme durante la travesía. La lancha volaba prácticamente, íbamos a gran velocidad, eso me daba muchas esperanzas de llegar y poder encontrar a mi hijo, recordé de un momento a otro que yo no sabía nadar, lo recordé así como quien se olvida de apagar la luz, o dejar cerrada la llave, qué podía importar ahora eso, si me caía, seguro que sabría nadar.

Íbamos rápido y llegaríamos primero que los otros botes. Fuimos directo hacia un gran barco que estaba en alta-mar, al ver el inmenso barco, pensé en lo diminuto e indefenso que era mi hijo en medio del océano. Ante esa imagen realmente me consolaba la idea de al menos hallar el cadáver de mi hijo y poder sacarlo de allí.

El buque abrió una especie de compuerta y por ella entró la lancha. Estábamos ahora dentro del buque, en una especie de conjunto de canales que se internaban por unos campos de cultivo, todo esto dentro del buque. Eran unos campos de cultivo de algas, y nuestra lancha avanzaba por unos canales que rodeaban y atravesaban los cultivos. La lancha llegó hasta una zona en la que podía recalar y allí fue amarrada con una cuerda y nosotros pudimos bajar. Mi ímpetu inicial iba decreciendo frente a la envergadura de lo que estaba viendo.

Al descender vi a un marino, con vestimenta de oficial y me acerqué a él. Se trataba del capitán del barco, quise hacerle una pregunta, pero antes de lograrlo él se adelantó y me dice: “no, lo siento, no tenemos vacantes, estamos completos”. Le expliqué que yo venía por lo de las labores de rescate, que no quería ni quedarme allí, ni viajar ni trabajar, sino que solamente buscar a mi hijo. El marino estaba sorprendido, no había escuchado nada de ningún accidente, yo le conté lo que había visto, dándome a mí mismo la impresión de estar contándole una película. Al cabo de un rato llegaron los botes con las personas que habían embarcado en la caleta, allí estaban los demás, con sus chalecos amarillos, al rescate. El capitán me expli-

có que esos eran los trabajadores de los cultivos de alga y que subían cada cinco días. Se me permitió quedarme en el buque hasta que el último bote llegó y me mandaron de vuelta a Horcón en ese.

Ya de noche, entré al Gloria, había una fiesta, mucha gente desconocida, pero mirando por aquí y por allá, logré divisar a Carvacho que andaba por ahí. La verdad es que hace tiempo que no nos veíamos, pero en ese momento era encontrar a un amigo. Me acerqué, Carvacho se sacó uno bueno, estábamos ahí fumando y la fiesta estaba prendiendo, empezó a llegar más y más gente, ya podía ver a personas conocidas, nos saludábamos, estaba todo pasando, me reencontraba con amigos que no veía hacía mucho tiempo, y muchas amiguitas también. “todos vuelven al lugar donde acaso floreció más de un amor”.

Al día siguiente amanecí muy enfermo, ni siquiera podía levantarme. Mi familia estaba allí conmigo acompañándome y cuidándome. Seguramente era una enfermedad terminal pues sentí su aire solemne frente a la muerte.

De pronto, y a modo de postrero saludo, aparece Yerka con mi hijo, y además, su otro hijo y el padre de este. Este tipo siempre me había considerado como a su enemigo, y yo no le tenía en menor aprecio. Ahora estaban allí los cuatro, después de tanta historia, de tanta batalla, ya qué podía importar, yo iba a morir y ellos venían a despedirse, venían a ver el espectáculo de mi muerte como el guerrero que ve morir a sus enemigos, constatando el punto inicial de su regocijo.

Finalmente, recordando que yo había criado a ese niño,



que ese tipo ahí, enemigo por tanto tiempo, que me había odiado por yo haber criado a su hijo, ahora esos dos estaban juntos, no sólo eso, estarían con mi hijo, y ese tipo sería el padre de mi hijo también ahora. Era irónico, macabro, de algún modo también, pero de la misma manera, era justo, no me parecía tan mal después de todo, ellos habían ganado, yo moriría, ya estaba. No había rencor posible por mi parte, no me quedaba tiempo ni espacio para eso.

Desperté al otro día, sé que alguien golpeaba la puerta y por eso desperté. Nadie abría y me tuve que levantar. Seguían tocando insistentemente. Abrí la puerta, era mi Yerka, me dice: “mira encontramos a nuestro hijo, está vivo”. Era verdad, ahí estaba mi hijo, Pichicuyi, estaba vivo y había regresado.

### De cuando inauguramos el nuevo Puchuncaví

**M**e encontraba con frío y estaba medio enfermo, no podía reponerme a la muerte de mi Yerka y mi hijo. Junto a mí había alguien, pero no recuerdo quién. De alguna extraña manera decidimos salir a trotar a la cancha, para entrar en calor, pero íbamos desnudos y el suelo de la cancha era de tierra, lleno de piedrecillas, y era imposible seguir corriendo así.

Nos resolvimos a despejar la cancha sacando las piedras y arrojándolas fuera de la línea del campo, pero lo más complicado era que había unos catres viejos de bronce y era difícil moverlos.

Estábamos en eso cuando apareció una jauría de perros, venían siguiendo a una perra siberiana en leva, eran perros grandes y chicos, había un instinto superior que les hacía seguir a la perra, aunque no tuviesen ninguna opción de vencer a los mayores, pero quién sabe, no se puede predecir el resultado de una pelea de perros y los más chiquitos aprovechan cualquier descuido de los grandes para intentar treparse a la perra.

Los perros se nos acercaron y nos olfatearon el trasero, algo les gustó porque con sus lenguas empezaron a

lamernos, nosotros arrancamos y dimos una vuelta a la cancha, pero al mirar atrás los perros ya no estaban.

Seguimos limpiando la cancha, sacando piedras y ramas, intentamos sacar las camas y acomodarlas más allá, entonces nos dimos cuenta de que no estábamos en una cancha, sino que en una habitación. Una habitación, de hecho, pequeña, pero con el techo alto, característico de las construcciones antiguas, toda de madera.

Mi amigo se va y cierra la puerta al salir, menos mal que la llave está puesta en la cerradura. La cerradura también es antigua. Giro la manilla de la puerta y salgo, el pasillo en el que me encuentro está en un segundo piso, ahí veo la escalera que baja con una baranda de madera brillante y pulida. Reconozco estar en casa de los Luksic, alguien viene subiendo, yo permanezco de pie junto a mi puerta, el tipo parece uno de la familia, yo estoy desnudo en el pasillo, tal vez cerrando la puerta o saliendo del baño, por lo que no es nada grosero verme desnudo. El familiar entra en una de las habitaciones. Yo bajo por las escaleras, la casa es preciosa, del siglo XIX, de maderas finas y aromáticas.

Abajo me encuentro con mis dos amigos, Manuel y Charly me estaban esperando. Rápidamente les explico el error que hemos cometido al pensar que estábamos en una cancha y que la mejor opción es salir raudamente de allí, antes de que nos descubra mi suegra, una señora de mal genio, que no podrá entender por qué en la habitación de Yerka hay piedras y perros.

Salimos corriendo mientras sujetos con apariencia de

croatas nos miraban estupefactos. Efectivamente mi suegra, salió persiguiéndonos. Ella gritaba algo, pero nosotros no queríamos oírla, tan sólo perderla de vista.

Encontramos unas pozas, el agua bajaba y corría desplazándose por un sendero ancho y poco profundo por el cual nosotros seguimos, el agua apenas cubría nuestros pies, las pozas quedaron atrás, nosotros seguimos caminando, el suelo era todo de roca basáltica y era posible observarla bajo el agua transparente.

Pero de repente el camino se acabó, el agua caía abruptamente por una cascada de cien metros, el caudal era débil como para arrastrarnos y no representaba ningún riesgo para nosotros, pero aún así la situación era peligrosa.

Al mirar con detención encontramos un puente esculpido en la roca, era pequeño y angosto, como un pasillo, estaba recubierto con hermosas piedras blancas que resaltaban entre el gris oscuro del puente. Cruzamos por él y llegamos a un sitio con árboles frutales, pero eran unas frutas extrañas, nunca antes vistas, tan sólo Manuel las conocía y nos enseñó a comerlas quitándoles la cáscara. Su sabor era cítrico pero delicioso, su color amarillo, del tamaño de una pera con forma de chirimoya, creo que su nombre era Iyakas o Siamas. Seguimos caminado por una estrada hecha de piedras, la arquitectura recordaba el estilo etrusco con balaustradas de piedra tallada y arcos acompañando el sendero.

Una mujer nos hizo señas desde lo alto de un peñón, parecía ser que el camino llevaba precisamente a ese lugar. Arriba se veía una construcción con muros y rejas.

La mujer estaba asomada por una ventana y alcanzábase a ver que vestía completamente de blanco. El lugar era muy extraño, bien podía pensarse que era un albergue para penitentes o artistas, un monasterio para alcanzar la iluminación o simplemente una clínica psiquiátrica.

Allí nos recibieron muy bien, en el lugar había algunos conocidos. El guatón Carlos, su compañera y su guagua. Nos sentamos a ver la televisión, allí estábamos saliendo nosotros, promocionando nuestro último disco, nos habían grabado en nuestra presentación en el festival, con esas ropas estrafalarias de los años setenta y lo peor de todo, justo el momento en que se me cae el instrumento al suelo. Pero así la cosa salió mejor.

Apagamos el televisor. La compañera del guatón se pone de pie cargando a su guagüita, pero al levantarse la guagua se le cae de los brazos y se azota contra el piso. Los ojos se le cerraron como si fuesen de plástico y en la boca le apareció un pituto, una cosa que parecía de muñeca.

Los padres no hacen nada simplemente se van, yo desesperado me inclino para recogerla, la veo muerta y golpeo el piso con mi puño cerrado lleno de dolor. No comprendo por qué la han dejado tirada en el piso, aunque parece una muñeca de plástico, algo desechable, es una criatura. La tomo entre mis brazos pensando en darle respiración boca a boca, pero al mirarla siento algo más fuerte, algo tan poderoso, que bastaba sólo con que yo creyera en que ella viviría, para que ocurriese el milagro.

La toco lleno de amor creyendo en que está viva y la veo moverse, siento su calidez y observo cómo abre sus ojitos.

Voy en busca de sus padres, ellos están allí en la habitación contigua, en donde se está llevando a cabo una sesión fotográfica, realizada por los fotógrafos y diseñadores más importantes del medio, aquellos con peinados sofisticados y lentes oscuros que fuman cigarrillos de filtro blanco. Mis amigos se ven como una pareja de indigentes al lado de ellos, esperando su limosna.

Hay un tipo vestido de negro, es él quien dirige el proceso creativo de la sesión, tiene en el set una taza de baño y dentro de ella una especie de casco, esa será la fotografía para la portada de la revista de diseño.

Me acerco a mis amigos y les entrego la guagua, pero ellos ni siquiera pretenden recibirla, es más, me miran ofendidos, me imagino que es por haber interrumpido la sesión, pero no, es que les molesta que les entregue a su hija muerta.

Finalmente Carlitos la recibe y se la lleva, vuelve pronto, la trae desnuda, sin su chal, realmente parece una muñeca de plástico. Me doy cuenta de que esta ha perdido la vida otra vez. En un rápido movimiento, el guatón le quita la cámara al director, saca el casco del W.C., arroja allí a su hija muerta y le saca una instantánea. Creo que esta sí que será la fotografía de la portada y que mis amigos habrán solucionado sus problemas económicos por un par de meses.

Salimos al exterior con Manuel y Charly, caminamos por el campo, se veía el prado verde y en él algunos caballos pastando. Repentinamente nos vemos rodeados por seis perros asesinos, no son perros de caza, sino que de seguridad, entrenados para matar.

A la mínima orden de una mujer vestida con un abrigo de visón se han detenido. La mujer les llama y los perros le obedecen, la custodian. Les acompañan además dos guardias, entonces reconozco a la mujer, es una gran diseñadora de modas, sé que era vecina de mi Yerka, que fueron al mismo colegio y que nunca se quisieron, la puedo distinguir por su andar y por sus hermosas botas, del todo fuera de lo común.

El lugar se llenó de gente, pero eran en su mayoría chicas que venían del colegio Don Orione. Se encendió la música y todo cobró sentido, el lugar tenía el estilo, no importaba donde fuera si estaba ella era el centro de la moda. Aquí estaba ella presentando el avance de la temporada, lo último en moda y la gente quería verla. Mi Yerka me lo había advertido. Las modelos ocupaban la pasarela y los flashes de las cámaras destellaban entre los árboles, con el financiamiento de las industrias.

Nosotros observábamos desde una esquina, parecíamos invitados a la gala, tal vez algunas colegialas nos habían reconocido, yo ya tenía identificado a un grupo de chicas con las que podríamos encontrar algo de diversión, ellas nos miraban, se lo dije a Manuel y este inmediatamente se acercó a ellas, lo vi darle la mano a una chica y llevársela por un sendero del bosque. Charly no estaba para esos trotes y se fue a buscar a Magdalena.

Yo tenía que hacer algo, si Manuel había sido tan directo yo no podía ser menos, además las chicas miraban y se reían. Fui hacia ellas, no sabía qué decir, pero estaba convencido que entre menos hablara sería mejor. Mientras

me acercaba la situación se definió de la siguiente manera, varias chicas se fueron y dejaron a una sola.

La chica era hermosa, me la llevaría al hotel, ella aceptó venir conmigo, pero antes debíamos resolver un tema con su mochila, ya que la había dejado en el colegio, no sé cómo me vi dentro del colegio de la chica acompañándola por los pasillos, yo con mi chaqueta de cuero y mi pelo largo y el lugar lleno de gente de corbata y niños uniformados.

Esperé a la chica durante unos minutos en un pasillo, pero sentí que estaba tardando demasiado y yo haciendo el ridículo. Al tratar de salir del colegio equivoqué el rumbo, en una bodega encontré un uniforme escolar y me lo puse para mimetizarme con el lugar.

Varios escolares comenzaron a seguirme, parecía que yo iba al frente de una marcha, dirigiendo el movimiento estudiantil, fuimos hasta el portón, algo nos unía, queríamos salir.

Lo genial era que yo tenía la llave, era la misma llave de la casa de Yerka. Abrí y todos salimos. A esa altura me tenían por ídolo, la celebración que se nos venía pintaba de orgiástica.

Un niño se sumó al grupo, era más pequeño, pero quería divertirse. Yo lo saludé, le di la mano, algo en él me parecía familiar, creo que en alguna época yo me comía a su hermana. Pero el grupo de estudiantes se molestó conmigo, ya no me seguirían, cómo era posible que yo fuera amigo de un niño, qué miserable. Realmente era una mi-

sería, me despedí del niño y me retiré.

Teníamos que hacer una presentación en Puchuncaví, o creo que era en La Greda.

Allí nos esperaba el tío de Charly, alojaríamos en su casa mientras Charly conseguía una nueva flauta travesa, ya que había perdido la otra.

En la tarde fuimos a visitar un centro de formación musical, allí había niños que aprendían a tocar instrumentos autóctonos. En un galpón inmenso practicaban con charangos y guitarrones, se manejaban a la perfección con las cuerdas interpretando la música popular. Yo traté de tomar un guitarrón que tenía veinte cuerdas, nunca antes había visto uno, escuchaba como los niños lo tocaban con tanta prolijidad que me dieron ganas de tocar algo de Tony Iommi. Agarré el instrumento, pero ahí mismo se me cayó al suelo y se destruyó.

Partimos esa misma noche para La Greda, allá nos esperaba el alcalde.

La Greda estaba lluviosa, cubierta por unas nubes tropicales, vivían en esa situación hacía mucho tiempo ya, producto de la contaminación, la ciudad se estaba llenando de vegetación y en algunos sectores se habían formado selvas impenetrables. Pero los lugareños no disfrutaban mucho de ese clima por lo que preferían buscar las alturas y habían comenzado a instalarse en la cima del cerro La Cruz.

Hacía allá nos llevaron las comitivas, actuaríamos para inaugurar la nueva ciudadela. Pero el asunto no era cualquier cosa, después de nosotros se presentaban los

Jackson Five. En camarines los vimos practicando su rutina, era realmente asombrosa, en una canción sacaban cigarrillos, los repartían entre todos los cinco hermanos y luego se arrojaban un encendedor dorado haciendo extraordinarias piruetas.

Yo empecé a deambular por los alrededores, el nuevo Puchuncaví estaba recién naciendo, los caminos apenas trazados, algunas vigas de madera asomaban por aquí, por allá, pero nada muy terminado aún.

Una población de cajas de madera estaba siendo construida sobre la cima del cerro La Cruz, parecían de esas cajas que vienen en los barcos, pero habían aprovechado el material tan bien que tenían escaleras y puentes entre una casa y la otra, así de esta suerte de arquitectura habían hecho una ciudadela interconectada, bastaba subir por una escalera para estar en contacto con todas las casas. Avancé por esos endeble pasillos de tablas, la madera estaba erosionada por el frío del mar, crujía la sal entre las vetas. Aún así, la estructura estaba firme y era transitada por muchas personas, mujeres cargando recipientes con agua, niñas a medio vestir, la verdad es que se veían bastante desposeídos. Sus ropas eran casi las mismas, había algo en ellos en común, la forma de caminar, la mirada, los rasgos, no podría decir de dónde eran, pero estoy casi seguro que venían de África, o tal vez una colonia de residentes haitianos.

Mi presencia en el lugar fue advertida inmediatamente y no pareció ser de su agrado, qué podía estar haciendo yo caminado por sus pasillos y acercándome a sus casas. Un

murmullo de voces se transmitió por todas las tablas, la madera vibraba. Me rodearon con miedo, pero aguantándose, yo en ningún momento pensé en escapar, me bastó con ver sus caras verdosas, también roídas por la contaminación del paisaje, para sentir la precariedad de sus cuerpos, representada cabalmente en la construcción de madera, tan bien armada, unida, pero frágil, igual que ellos, todos juntos, sus cuerpos impidiéndome la huida, pero frágilmente. Sabía que si no me movía pronto me absorberían, me carcomerían como la sal a la madera, como el plomo a la carne, lentamente, pero de forma infalible. Sabía que quizás no habían comido en días, que vivían en casas hechas de cajas, que eran “la gente verde”, y sabía que ya no había más que hacer.

### **De cuando aprendí lo que es verdaderamente necesario para navegar**

**H**oy decidí salir y alejarme de este pueblo de gente enferma. Me iré a Rinconada Antigua. Este lugar en donde vivo no es realmente mi pueblo natal, yo nací en Rinconada Antigua, por eso cuando voy para allá me dedico a hacer cuanto cosa se me ocurre.

Las calles de tierra son amplias y la gente ofrece mariscos y pescados asombrosamente brillantes.

Recorro todas las calles, siempre en alguna de ellas hay gente tocando las melodías tradicionales de nuestro pueblo, todos las podemos cantar y de esa manera nos sentimos como en familia.

Allí me quedo cantando hasta que algún deseo me hace seguir el camino de tierra para perderme en otra aventura. De esta manera me transformo en un vagabundo, un trotamundos y simplemente camino.

Lo que sucedió entonces fue que recordé algo increíble y alucinante pero que había olvidado totalmente, y de no haber sido por ésta caminata no lo habría podido recordar:

Todo empezó cuando vi a la mujer y recordé que ya la había visto antes, siempre acá en Rinconada Antigua, claro la había visto una vez antes en un sueño, lo más loco es

que en esa oportunidad también me había parecido verla con anterioridad, pero hacía mucho tiempo atrás, no sé desde cuándo ni de a dónde, la verdad es que ya lo había olvidado y no pensé que se volvería a repetir.

Ahora en cambio lo recuerdo claramente.

La primera vez que la vi surgió una especie de atracción, yo estaba seguro de conocerla e incluso ella me miró con detención como reconociéndome, aunque esto duró sólo unos pocos segundos.

La segunda vez que nos vimos fue un hecho hermoso para los dos. Yo venía bajando por la calle Ermindá, al mismo tiempo que ella salía de una tienda ubicada en esa calle, yo venía, digamos, como a media cuadra cuando la vi salir, casualmente (aunque no creo en casualidades), casualmente ella se da vuelta y me ve. Comencé a caminar más rápido para darle alcance, la adelanté y seguí, entonces miré para atrás y ella ya no estaba.

La tercera vez que nos vimos, también en Rinconada, ambos íbamos en direcciones opuestas, ya había pasado mucho tiempo desde nuestro último encuentro, pero yo venía pensando en ella desde hacía varios días.

Aquella vez nos miramos de frente por un momento, pensé en detenerme, pero no.

Que nos volviésemos a encontrar otra vez me parecía increíble, yo recorriendo las calles de Rinconada y ella saliendo de un café.

Ella toma por calle Austral y se pierde tras una esquina. Apuro el paso y voy para allá, más al dar vuelta en la esquina me confundo y no sé qué hacer, hay dos callejo-

nes, no sé por cuál seguir, la única diferencia es que uno tiene luz y el otro está oscuro.

La luz del callejón es tenue, débil, casi una luz oscura, mientras pienso en esto, siento un ruido a mis espaldas lo que me hizo apresurar mi decisión de optar por dicho callejón, me vuelvo a mirar y veo un perro, no importa, sigo buscando a la mujer, corro entonces por el callejón, de una de las casas provenía una luminosidad sobresaliente, era una televisión encendida, pero al acercarme la apagan quedando todo oscuro.

Al observar bien este callejón me doy cuenta que realmente nunca antes había estado en él, siento que alguien se acerca, no sé quién podrá ser y no lo alcanzo a ver con claridad, pero creo que mueve una mano como llamándome, aunque no estoy seguro, pareciera que realmente se está escondiendo para que yo no lo vea, está oscuro por eso no puedo saber realmente si sólo es que está sentado. Bueno, me acerco igual y me doy cuenta de que es un pescador, un viejo pescador que recuerdo conocer, no estoy seguro de dónde, pero al pasar a su lado coloca una mano en mi hombro para que yo me detenga. Esto no me importa, al fin y al cabo, tengo tiempo.

- Estamos llegando al final- dijo el pescador.
- ¿Al final de qué? - pregunté.
- Al final de tu tiempo, es por ello que estoy aquí.

Lo miré fijamente, ahí estaba él, era verdad, con su barba de dos días, su gorro de lana y su mirada de ebrio, pero me consta que él estaba lúcido.

- ¿Cómo así que mi tiempo se acaba? - pregunte tímidamente.

- Es una de las posibilidades, pero le pondremos remedio. No sabemos qué pasaría si acaso tu tiempo se acaba realmente, a nadie le ha pasado aún y debemos evitarlo.

- Es verdad que no recuerdo algunas cosas y eso me hace dudar, pero iré con usted.

- Si no recuerdas bien es que no tienes otra opción. Vamos- dijo el pescador.

Salimos por el callejón hacia la izquierda y comenzamos a bajar quebradas durante dos días hasta llegar a una playa.

Era de noche cuando llegamos a una casa. Era una casa de marinero, de esas que se llaman palafito y en una de sus paredes colgaba una mujer de esas que se llaman Mascaronas. ¿Acaso este hombre sería un pirata?

Él encendió una lámpara de aceite, recién entonces pude ver bien su rostro, era amable, con la expresión de una persona que desea ayudar.

Entramos a su casa, el marinero se sentó en la silla de capitán y tomó de una botella de ron. Con un gesto me indicó la cocina y una olla, partí a ver que había de comer y al abrir la olla noté que estaba vacía.

Volví a la mesa y le pedí un trago de ron. Nos sentamos a beber ron de esa botella y luego él sacó unos habanos cubanos. Fumamos mientras él relataba historias de viajes en barco a muchas costas.

El marinero había trabajado en un remolcador llamado "El Poderoso" y en ese barco cazaba cachalotes, tenía muchos objetos hechos a partir de dientes y huesos de

cachalote, había sido un gran cazador y era el único que podía arreglar el barco cuando este se dañaba, entonces tenían que buscarlo, no importaba donde estuviera ni qué hiciera, debía partir a solucionar el problema de El Poderoso.

Reí de buena gana con sus anécdotas hasta que miró su reloj y dándome una orden de capitán me mandó a acostar.

A la mañana siguiente el capitán vino a buscarme muy temprano, me ofreció un caldo de mariscos y un pan amasado de harina de maíz.

Yo iba a comer cuando él miró su reloj y con expresión grave me dijo:

- Lo siento, ya es tarde para ti, deja eso allí y sígueme, vamos a resolver tu problema.

Seguí al tipo por un corredor de piedras hasta internarnos en una cueva del borde costero, en ella me invitó a sentarme y yo accedí.

- Cuando se te acaba el tiempo comienza la espera- dijo él.

- ¿A qué te refieres? - pregunté.

- No me interrumpas, sólo escucha. La única forma de derrotar a la espera es esperándola, si no lo haces será tu fin.

Al escuchar estas palabras recordé que es mi capitán y debo obedecerle. Pensé que se obstinaría, pero no, se sentó conmigo y esperó durante algunos momentos para después saber irse.

Después de algún tiempo que no puedo precisar, volvió el cazador de Cachalotes trayendo comida.

- ¿Llegó la espera? - preguntó el cazador.

- Sí- mentí- sí la sentí y ahora volveré a mi casa.



Debo decir en honor a la verdad que él no pareció muy convencido, pero al mirarlo bien me di cuenta de que yo realmente había sentido la espera y podía marcharme.

Salí decididamente sin hacer el menor caso a su actitud amenazante y continué mi camino por un callejón, este sí estaba iluminado y sentí de repente que estaba bien encaminado hacia el lugar donde viviría aquella mujer.

Este callejón era mucho más angosto que el común, apenas si podrían pasar dos personas al mismo tiempo y tendrían dificultades ya que estarían apretadas contra las murallas.

Sigo avanzando, pero lentamente, ya que no conozco el lugar. El callejón parecía interminable, y a medida que se oscurecía la luz se hacía insuficiente, ya que, apenas eran unos bombillos colgados de un alambre cada tercio de cuadra, por decir algo.

Las murallas eran de lata y todas las casas eran de lata, algunas oscuras, otras rojizas por el óxido, las menos estaban pintadas, pero todas estaban habitadas.

Comienzo a desesperarme, parece que el callejón no tiene fin, corro tratando de llegar al final y una nube de polvo se levanta a mis pies mientras pienso en dónde estará la mujer.

Al fin el callejón terminó y llegué al final, a una especie de patio que estaba cerrado por una gran casona de dos pisos y numerosos balcones.

En el patio de la casa había gente conversando y riendo, compartiendo licores, tanto hombres como mujeres.

En cuanto conseguí salir de ahí, busqué al viejo cazador para relatarle la increíble aventura que había vivido.

Lo encontré en su casa, en el patio trasero fumando su pipa de marinero.

- ¡Encontré una casa embrujada! - le dije al verlo- En Rinconada Antigua, por los barrios del litoral, estoy seguro de que está embrujada porque cuando yo llegué encontré un montón de gente ahí bebiendo y riendo, entré a la casa en busca de una mujer. El interior de la casona daba la impresión de un prostíbulo, la verdad es que eso era.

Al ver dentro la clase de gente que había me dieron ganas de salir inmediatamente de allí, el ambiente era sórdido, todos eran personajes lúgubres, lo único bueno eran las mujeres que contrastaban por su belleza y luminosidad, por una blancura total y sus vestidos de princesas piratas.

El viejo pescador del Pacífico escuchó la historia atentamente y al final sonrió.

Aspiró de su pipa antes de responder, pero esta se había apagado.

- Esa casa es más antigua que la muerte- dijo el navegante- Has tenido suerte de salir con vida de ella, mucha gente de Rinconada Antigua e incluso de Caleta Escondida entró en esa casona y jamás salieron, jamás salieron con vida de allí y ahora sólo pueden deambular.

Realmente tú has tenido mucha suerte muchacho, al igual que yo, que también logré salir con vida de allí, de la casa de madame Posidonia Babynuma Pompilia, la cortesana más afamada y complaciente de la corte del rey Minos.

Se dice de ella que es inmortal, se dice también que está enferma, que tiene un mal que la hace inmortal a la vez que la va matando poco a poco, todo eso producto de

una maldición egipcia que le arrojó la reina del Nilo en los ojos, un hechizo que le enseñaron unas hechiceras de Babilonia, en la noche del solsticio, y todo por los celos que le provocaban los encantos de madame Posidonia.

El viejito pescador hizo una pausa mientras llenaba su pipa y encendía el tabaco llenando el ambiente de un aroma a Indias. Luego prosiguió.

- Éste cuento de las hechiceras y eso yo no sé si es verdad, pero sí sé que he estado con esa mujer, dentro de ese burdel y dentro de esa mujer.

- ¡Ah, qué placer! ¡Qué deseo de no querer salir de allí!, pero lo hice y salí de ahí al igual que tu changuito. Todo comenzó en el puerto de Karachi cerca de Pakistán, a comienzos del 1920. Desembarqué en ese puerto y me dirigí a una taberna, dentro busqué a un pescador y comenzamos a beber. Le pregunté por una mujer para calentarme en la noche y me dijo que la mejor que yo podría encontrar era la madame esa, pero me advirtió: “no te quedas más de una noche o no saldrás jamás”. Estando yo en el puerto de Karachi era un muchacho de veinte años de edad, cuando encontré a madame Posidonia, esta era la más hermosa veinteañera que uno pudiese imaginar, con senos grandes, duros y suaves, de pezones rojos como sangre y con un tatuaje en cada uno de ellos. En el de la izquierda el símbolo de la muerte y en el de la derecha la sentencia: Arourarelyoth. Recuerdo sus ojos de fiera felina, ella no hablaba mi idioma ni yo el de ella, sólo le bastaba cubrirme con sus cabellos negros para internarme en una noche eterna, y hay que ser fuerte para salir de

allí amigo, hay que luchar para salir de allí. Yo recordé al viejo pescador de la taberna y su consejo y salí. -

El cazador fue a buscar una botella de ron, bebió y la dejó sobre la mesa, como la primera vez que lo vi. Fumó de su pipa y continuó su relato.

- Cuando madame Posidonia llegó a Caleta Escondida la noticia de su llegada cubrió la región como la vaguada costera y en medio de esa neblina se deslizó, escondiéndose en Rinconada Antigua para ejercer su viejo arte. Cuando yo lo supe partí de inmediato para yacer con ella, pero cuando la encontré, ella seguía siendo la misma mujer de veinticinco años y yo un hombre de viejo. -

El pescador terminó su relato y me miró con ojos de pedernal marino, con esa mirada de navegante extraviado en alta mar y yo dudé, dudé de todas sus historias, aunque algo de sentido pudiesen tener, ya que la mujer con la que yo había intimado tenía indudablemente veinticinco años.

- Muchacho: ¡debemos navegar! – dijo el marinero.

Seguí al viejo de mar por las calles de Rinconada Antigua, él me abrazó como un padre abraza a su hijo en un día domingo.

Lo vi recordar y sonreír, entonces me dijo al oído: “El mar es algo que nadie ha podido explicar, algunas personas esperan descubrir sus misterios. Pero sólo cuando lo ves entonces lo comprendes, y al subir a una embarcación de madera para surcar sus olas, entonces lo adoras, eso es navegar. El tiempo desaparece y ya no hay nada más que esperar. Sólo navegando vencemos a la espera.”

Nos dirigimos a Caleta Escondida a fin de tomar una embarcación que él tenía por allá, caminamos por la playa larga del Clarón, pero ésta estaba llena de piedras, el mar las había arrojado a la orilla y el bote del pescador estaba destruido y aplastado por las piedras.

No nos desanimamos y escalamos por los acantilados más allá de la playa de Quirilluca, justo a tiempo para observar la puesta de sol.

En una pequeña porción de arena frente al mar encontramos la caleta más escondida de todas y entre risas y llantos navegamos, realmente ya no esperábamos, así el viejo me enseñó que aún es posible navegar sin embarcación.

### **De cuando soñé con Yerka antes de conocerla**

**P**or fin un día la encontré en un sueño, encontré sus labios, su piel, sus ojos... pero no eran sus besos, ni sus caricias, menos aún su mirada, nada de ella me pertenecía, era tan sólo un sueño, y ella pasó sin siquiera mirarme.

El mundo de mis sueños pasó a ocupar el espacio primordial en mi vida, de manera de poder reunirme allí con ella. La realidad común no tenía más sentido, por ello cada segundo eterno e invivable lo empecé a tragar junto a un montón de droga y encierro, destierro y desaire a la vida. En ese desvarío me perdí para encontrarla y aunque

no fuese real disfrutar, de su compañía, y aunque me esté matando estoy viviendo.

Esa noche, Oneiros Manteia soñó que ella estaba su lado, que acariciaba su rostro y sus cabellos justo detrás de la oreja y la peinaba con amor mientras ella sonreía. Despertó y estaba solo. Salió a buscarla, pero no la encontró, la casa donde ella vivía, estaba vacía. Todo parece un sueño, pensó, trató de dormir, soñó. Al despertar ella estaba allí, diciéndole que había soñado que estaba sola en el mundo, perdida, buscándolo para decirle que lo amaba.

Esa mañana fue diferente, igual a como se ven las cosas después de la lluvia, todo brillando, todo renovado. Al despertar, las visiones de mis sueños colmaron mi mente de amor, una miel suave y delicada de imágenes de mi bien amada Yerka sonriéndome como sólo ella sabe hacerlo. Su cabeza apoyada en mi hombro de la misma manera en que habíamos estado juntos por última vez.

Pero había sido un sueño, no lo podía recordar bien, había tanta nitidez en las imágenes, había tanto amor en su mirada que era innegable, ella también lo amaba, sí, ya no podían haber dudas, los planetas se estaban alineando y el amor de ellos era tan real como eso, tan real como su mano apretando la suya, sucedía como un sino ineludible, ellos estaban allí para amarse, en sueños que eran realidad aunque nadie lo quisiera aceptar, ellos estaban unidos por una estrella brillante de amor.

Sucedió que de tanto soñar con ella había terminado por preferir mis sueños a la realidad, habiendo logrado manejar a mis ansias los acontecimientos de los sueños

podía disfrutar sin límites de mi amada, del placer de sus labios y sus besos, maravillarme sin cesar con el resplandor de su piel, y sueño tras sueño, hacerle el amor, cada vez era más placentera y en cada ocasión descubríamos mayor profundidad en el amor, en el goce y el disfrute del otro y su cercanía.

Pero entonces sucedió que nos dimos cuenta, de que eso era lo real y que nuestro verdadero sueño era otro, que nosotros estábamos soñando en otro lugar, y que en ese lugar, yo la seguía a ella entre medio de los árboles del bosque. Ella hacía como que no me veía, seguía caminando pero continuamente se volteaba para darme una mirada incitante, provocativa, con esa pasión y esa bondad que sólo ella podía dar a través de su mirada. Entonces ella corría y yo la seguía. Ella se escondía y yo la buscaba y así nos lo pasaban jugando todo el día en medio del bosque. Hasta que llegaba la noche y en medio de la oscuridad nos encontrábamos uno al lado del otro, rozando nuestros cuerpos y sintiendo como nuestros labios se unían naturalmente, irrefragablemente y con ello un estremecimiento total del universo acontecía, porque sucedía que nosotros nos encontrábamos al fin del día y al principio de la noche en un momento eterno.

La lluvia en la ventana estrellando gotitas, el sonido de la soledad le hizo despertar de sus sueños, ella lo había ignorado una vez más, era parte de sus recuerdos, era un sueño o más bien una pesadilla, en donde él la buscaba, la llamaba y ella al reconocerle huía, pero cuando esta vez

se daba vuelta para mirarlo, en su rostro no había otra cosa sino la indiferencia, la apatía, el desaire.

En sus sueños ella lo había sentido abrazándola, desnudándola bajo la lluvia para amarla en medio de las hojas mojadas y la tierra húmeda y esa sensación le hizo despertar. Yerka estaba sola en su habitación sin querer volver a dormir, sin querer volver a soñar, esperando en silencio a que él viniese por ella.

Él se unió a la lluvia y de sus ojos comenzó a llover, esa mirada hostil había terminado con sus sueños.

Al salir de su casa ella estaba allí, toda mojada. Se abrazaron y cerraron sus ojos, había en este encuentro tanta entrega que parecía ser parte de un sueño el no haber amanecido juntos, porque fuese lo que fuese que soñaran al despertar se encontrarían con la victoria del amor.

Esa mañana se despertó en medio del bosque, la naturaleza presentaba aquella claridad diáfana que sólo se encuentra en los sueños, pero él sabía que estaba despierto, estaba más despierto que nunca, realmente le pareció despertar de un sueño extenso y pesado que lo mantenía aletargado hacía un buen tiempo ya. Aún podía dudar si estaba despierto o soñando, solía preguntárselo en sueños, pero una claridad interior le daba a entender que esto no era parte de un sueño, está era su vida y él estaba allí solo pero feliz, sintiéndose libre, tan libre que le parecía soñar.

Recordé que en mis sueños había visto a Yerka, la había visto tratando de no dormir para poder olvidarme, la había visto alejarse para encontrarse a solas y en paz,

sentí que el corazón se me oprimía, que el aire me faltaba, pero fui capaz de respirar hondo y entender que si bien mi amor hacia ella era eterno como la vida misma, a la vez era algo tan fugaz como mi existencia en esta tierra.

Sin dudas que sería un crimen esperarla en mis sueños porque ella no vendría, como también sería un crimen olvidarle porque no lo lograría, para poder vivir mi vida debía asumir que soy un criminal.

El viento golpeando insistentemente en su ventana le hizo despertar. No recordaba si había soñado o no, simplemente su mente estaba vacía, esto era algo extraño, algo que no sucedía hacía mucho tiempo.

De esta misma forma extraña se sintió impulsado a recorrer la ciudad, pero en cada lugar que llegaba encontraba una presencia fantasmagórica, todo había partido en el cementerio, cierta vez en que ella le había pedido que sacase una cruz para ella. Él había tomado esa cruz, realmente no le interesaba la tumba ni la cruz tan sólo hacerla feliz.

Por qué ahora había ido al cementerio, qué misterioso influjo lo llevó hasta allá, una tumba abierta en su propia mirada, un cadáver en su propio corazón, la muerte acechándole en el frío invierno de la soledad, arrinconándole en sus pensamientos a punto de hacerle perder la paciencia, llevándole indiscutiblemente a aquel lecho de espinas y rosas donde le esperaba su bien amada, fría como la oscuridad.

Lluvia, lluvia, lluvia mojándole la cara y el pelo. Ella se sacó el agua que cubría su rostro y siguió caminando bajo

el aguacero. Su idea era alejarse lo antes posible, antes de que él volviese a buscarla, antes de que pudiese notar en sus tristes ojos la huella del abandono.

Ni siquiera habían pasado dos meses sin verse, pero parecían dos años, o más, sinceramente más, parecía una vida entera, parecía que nunca se hubiesen conocido, que jamás se hubiesen besado, que sus manos no se hubieran trenzado en la noche mágica. Parecía que hubiesen despertado sin conocerse ni recordarse. Despertado como dos desconocidos que sueñan y sufren por un presentimiento, una añoranza de una historia que anhelan sea verdad pero que no lo es.

Lágrimas, lágrimas, lágrimas mojándole la cara y el pelo. Él se sacó las lágrimas que cubrían su rostro y siguió caminando bajo el aguacero. Su idea era encontrarla lo antes posible, antes de que ella se marchase, antes de que sus lágrimas abrieran caminos de tristeza en su andar.

Durante 30 días dejé de soñar y me dediqué a estar despierto. Con mis ojos abiertos como dos estrellas luminosas, brillantes, deslumbrantes. Me encanté con esta nueva forma de ver la vida y lleno de alegría sentí cómo estando atento a la claridad del día, encontraba frente a mí a Yerka. Pero este era un amor diferente al que yo había buscado en mis recurrentes sueños. Este amor poseía un carácter, un color, una nitidez que sólo presentan las cosas vivas, como cuando miramos de reojo y nos parece ver que algo se mueve tras de nosotros y que ese algo que en realidad no se mueve sí está vivo. Así era ella, como un jardín cordillerano y silvestre, llena de colores que daban

el placer de hacerme sonreír en medio del goce de los cuerpos y las almas, buscándose.

Pero sucedió lo inevitable un día mientras la abrazaba y mis manos la amaban, en medio del éxtasis vi que ella era otra, y en la desesperación de verla allí transfigurada en otra mujer me desperté.

Se dio cuenta de que estaba solo como siempre, en la oscura noche y en medio del bosque, de donde nunca había salido y comenzó a caminar siguiendo los sonidos oscuros que terminaron por perderlo. Se fue en ese divagar queriendo encontrar quien lo asesinase para entregarse definitivamente a sus sueños eternos.

Un nuevo sueño comenzaba con cada noche y con cada intento de encontrarla se creaba un nuevo acercamiento estelar, al cerrar los ojos se abría la noche eterna y el viaje a través de inmensas constelaciones de imposibles posibilidades, resplandores destinados a soñadores viajeros los acompañan en su errar.

Siempre soñando la encontré en medio de un laberinto y por allí la seguí. Era un juego sangriento de las almas por alcanzar la libertad. Ella me guiaba por caminos misteriosos en donde las miradas de la serpiente eran la única guía. Pero para mí esas miradas eran ternura y dulzura de un verde ritual que me hacían viajar al amor, entonces no nos encontrábamos perdidos dentro del laberinto, simplemente queríamos buscarnos para encontrarnos.

Él era un sol radiante que hacía brotar de su boca pétalos dorados y rojos. Con ellos destruía todo a su alrededor, volando por sobre la ciudad desataba su esplen-

dor, nada le era imposible en su ingenuidad y ternura de dragón ofendido.

Ella conocedora de lo ancestral era cambiante e inestable, poseedora de un encanto misterioso y bello, cautivante y seductor que desde su mente abstracta irradiaba a través de sus ojos sutiles un hechizo erótico. Escondida y silenciosa en su soledad, acechando en la oscuridad como una serpiente venenosa en medio del camino del saber.

Cuando él la encontró en su primer sueño quedó fascinado. Le encantó ver su sangre fría que le provocó una inmediata atracción. La serpiente y su mirada seductora le atraparon en un sueño sin control.

Ella encontró en él la misma sangre fría, y una protección tras sus huellas que le era imprescindible utilizar, para ella él era una fuerza de pasión eterna. Para él ella era una pasión efímera.

En el último sueño en que nos encontramos ambos desatamos nuestras furias por no caer en la tentación, fuego, sangre, dolor y oscuridad llenaron el aire de tristes sombras prófugas del amor.

Al despertar solo había huellas, rastros, heridas de una lucha que no daba cabida a lamentaciones.



Yerka Luksic

## Indice,

- 
- De cuando decidí volver a vivir en Horcón -**Pag17**
- De cuando volví a vivir en la antigua casona de Caucau-**Pag19**
- De cuando supe que mi ex mujer había muerto-**Pag22**
- De lo que sucedió cuando cruce por el acantilado-**Pag26**
- De cuando la profesora me enseñó bailes chinos-**Pag32**
- De cuando fui a hacer trámites a Quintero-**Pag39**
- De cuando encontramos a los suicidas de Quirilluca-**Pag46**
- De cuando exploramos el interior del volcán Mauco-**Pag50**
- De cuando caminando por Ventanas terminé caminando por Caracas-**Pag55**
- De cuando casi compro pescado congelado en la caleta Horcón-**Pag62**
- De cuando fuimos a trasquilar a La Chocota-**Pag67**
- De cuando tomé la micro antigua de Horcón a Viña-**Pag74**
- De cuando vivimos la alineación de los planetas en la playa El Clarón-**Pag82**
- De cuando escuchamos Deep Purple en Horcón-**Pag90**
- De cuando caminando llegué a Los Tebos-**Pag96**
- De cuando vimos caer helicópteros sobre la caleta de Horcón-**Pag101**
- De cuando inauguramos el nuevo Puchuncaví-**Pag107**
- De cuando aprendí lo que es verdaderamente necesario para navega-**Pag 117**
- De cuando soñe con yerka sin conocerla-**Pag126**





## Mariano Gallardo

"Soy un loco soñador, loco y soñador,  
dos palabras que en un sistema neoliberal tienen poco valor,  
tal vez por eso ingresé a estudiar  
Pedagogía en Lenguaje a la Universidad de Playa Ancha,  
pero la abandoné para irme de viaje con el Circo Teatro Entropía.  
Después de eso no me detuve más y  
comencé a viajar por Sudamérica  
en busca de los relatos sagrados,  
realizando teatro callejero".

Mariano Gallardo artífex vinea mare  
Durante una década viaja recopilando historias  
por comunidades aimaras, keswas, guarayas y  
kogis, compartiendo sus narraciones ancestrales.  
De vuelta en Chile, el estrena su documental  
"Recinto Privado: Estructuras de la creación artística",  
en el zócalo del CNCA.

El 2012 publica su primer libro titulado "Tinta Sangre",  
selección de cuentos eróticos.

Sus textos han sido seleccionados y publicados en España

. El 2015 fue seleccionado y publicado en el Concurso

Homenaje 400 años de El ingenioso caballero  
don Quijote de la Mancha, por la editorial Arteagust.

También ha sido publicado en "Aire, Agua,

Tierra, Fuego" de la Editorial Letras con Arte.

Otro de sus trabajos fue seleccionado para

"Al calor de la palabra" de la productora española Tierra Voz.

Durante el 2017 publica su primera novela

"Niebla Resplandeciente", homenaje al escritor chileno

Juan Emar.

El 2019 publica su segunda novela titulada

"Valpóstumo" obra que ambientada en el Puerto de Valparaíso  
da cuenta de la muerte de esta patrimonial ciudad.



5 901234 123457